

MANIFIESTO DE LA ARQUITECTURA DE LA REBELDÍA: PARADIGMAS DE UNA VIDA LÍQUIDA

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Trabajo de Titulación en la modalidad de
Taller Terminal para obtener el título de
Licenciado en Arquitectura presenta:

Esteban Vivas García

Septiembre de 2020, Guanajuato, Gto.

CONTENIDO

CAPITULO I

Preliminares7

CAPÍTULO A

De Vidas Líquidas13

CAPITULO B

Intimidades y Acompañamientos35

Lazos Rotos45

CAPÍTULO C

Los Fines de la Intimidad53

Ataduras y Sentido58

El Trabajo Renovador62

La Derrota del Desasosiego66

El Pasar Natural69

La Derrota del Programa73

El Hogar como Institución Global76

CAPÍTULO D

Listado de Referencias81

Directora de Tesis

Dra. R. Berenice Orozco Hernández

Sinodal

Arq. Octavio Montes Franco

Sinodal

Arq. Daniel Figueroa Vargas



Campus Guanajuato | División de Arquitectura,
Arte y Diseño

Para mis padres.

Para los que con todo su cariño y apoyo me han permitido estar aquí.

Para toda mi familia.

La de sangre y la que elegimos, que con su cariño y mucha más insistencia que uno, me alentaron.

Para mis profesores.

Directora y sinodales, por su inspiración y guía.

PRELIMINARES



La conversación usual, la de a diario, suele siempre dirigirse a la crisis; a la inestabilidad intrínseca a esta época incierta, tan poco comprensible, tan privada, y tan fluctuante. No se tiene que hacer un análisis escabroso y detallado sobre nuestras vidas como para saber que la crisis es la nueva patria. La vivimos en la privacidad y el consecuente miedo por perderla, en la incapacidad para ordenar pensamientos y opiniones entre la comunidad cercana y con uno mismo, o en el escape a través de las redes de información planetarias, en busca de una comunidad virtual que podamos crear y a la que inscribirnos, aunque sea por la duración más breve. La indefinición y la inestabilidad de la identidad, como diría Zygmunt Bauman (al que nos referiremos a lo largo del trabajo) nos implica una tarea ferviente y constante, sumamente individual.

Con ello en mente, pareciera que aventurarnos a identificar el concepto de «posmodernidad», «sobremodernidad», o el apodo del que se trate, con la condición de crisis como valor esencial puede acercarse a proclamar una verdad. Estos tiempos transcurren en el exceso de información, que anuncia Marc Augé en su tesis de los No Lugares. Estamos a la deriva, moviéndonos en los ríos de la «liquidez», como propone el sociólogo y filósofo polaco, Zygmunt Bauman. Quizá más que cualquier otro concepto, la «liquidez», a la que el polaco dedicó probablemente décadas de estudio, es afín y suficientemente certero (con sus salvedades) para comprender y definir la posmodernidad.

Bauman, nacido en el periodo de entreguerras, concretamente en 1925; prófugo de la caza nazi contra los judíos, adscrito al frente polaco contra los alemanes y afiliado al Partido Comunista por más de dos décadas; vivió su infancia posiblemente en la cuna de la crisis que hoy nombramos como nuestra. Dando por obvio que vivió periodos tan adversos bajo los cuales pudo cimentar una “sociología crítica y emancipadora”, según la Redacción El Tiempo, quien le entrevistó en 2014; y de la cual sus numerosos libros y ensayos son fieles y veraces testigos; y así, su crítica permitió enfrentarse a los dueños del poder y verdad de esta posmodernidad: desde el Holocausto y el socialismo hasta el consumismo o la misma coyuntura de la que es parte, la modernidad y sus vástagos. Así nos colocamos frente al libro que presupone al concepto de «liquidez» como fundamental para comprender y circunscribir el estado de crisis que a diario padecemos. En 2005 (seis años después de la publicación de *Liquid Modernity*) termina su libro “Vida Líquida”, donde agudamente relata y explica su teoría en la implicación con la vida humana. «Agudamente» queda como un adjetivo breve pero más que pertinente para comprender el alcance de su investigación y las conclusiones que emergen. A lo largo de siete capítulos aborda detalladamente distintas concepciones que se significan en distintas esferas de la vida, y que sitúan a la liquidez como un ganador en la lucha semántica por definir nuestra era tan ambigua. La naturaleza del concepto es relevante en tanto a la imagen que compone, de ese «líquido» en el que estamos sumergidos (primera suposición de inestabilidad, y, por tanto, de crisis) y que nombramos como «sociedad», más específicamente, «sociedad de individuos» según el propio Bauman; explicación indispensable para los propósitos de este trabajo y la cual se referirá y extenderá a lo largo de éste.

Sin que el trabajo pretenda al reportaje o a la crítica exclusiva hacia la tesis baumaniana, sus propósitos aspiran al uso de este último como argumento y contexto para un problema que tanto Bauman, y el autor, notamos existente (con las obvias diferencias de alcance): el «problema de la identidad». Si el trabajo comienza con el nombramiento de la crisis, aunque más específicamente, de la inestabilidad de la vida, es justamente por la introducción a esta circunstancia. En sí mismo, “Vida Líquida” es un análisis alrededor de la identidad como problema; análisis cuyo estudio debió implicar años para ser concluyente. A diferencia de Bauman, el postulado crítico que propongo tiene una adscripción natural al rol de la arquitectura en la formación de esta identidad en el contexto de la liquidez. El sociólogo polaco tiene como fin la comprensión de esta contrariedad identitaria, y es el concepto de la liquidez el que le permite concluirlo. Si bien, la búsqueda del trabajo tenderá a comprender este contexto líquido y arrojar una aproximación arquitectónica viable para la necesitada reflexión y renovación de la disciplina. Esta aproximación

se proclamará en la renovación axiológica de la arquitectura, y, como se explicará más adelante, particularmente en la tipología de la «vivienda».

La cuna, tanto para Bauman como para un servidor, y con reserva de las circunstancias, es, en opinión personal, sumamente similar. A todo filósofo, como a todo artista y, por tanto, arquitecto; se le exige ser hábil en su capacidad de observar, de notar el detalle, de ser sensible y empático con todo fenómeno, pues en la medida de estas podrá comprender al mundo más allá de lo que la percepción muestra como obvio. Sin involucrar la fortuna del talento (al cual no le permito dominar esta lucha), la sensibilidad y la observación me permitieron dirigir el trabajo hacia la esperanza en la arquitectura de ser un medio primordial para resolver ya no sólo el «problema de la identidad» sino redimir las esperanzas y la dignidad de un mundo falto de ellas. Como todo arte, la redención (que en sí misma guarda la promesa del progreso) es una cualidad primordial, pues es una forma de reconocimiento natural. Kenneth Frampton, en su libro “Teoría” cita un discurso de Vittorio Gregotti dado en 1983, quien, en una opinión personal, relata certeramente la imagen del arte (por tanto, arquitectura) como un acto de reconocimiento en un universo desconocido, de la cual valoro más la connotación de este reflejo como uno de posibilidad abierta y fundada en sí mismo para el futuro; con ello en mente, complemento, el arte es reconocimiento en la medida en que es posibilidad, y cito: “*Antes de transformar un soporte en una columna o una cubierta en un tímpano, antes de colocar una piedra sobre otra, el ser humano colocó una piedra sobre el terreno para reconocer un sitio en medio de un universo desconocido, con el finde tenerlo en cuenta y modificarlo.*” (Frampton, 2020, pág. 28) Bauman mismo admite a la obra filosófica (con la que la artística guarda similitudes, siendo ambos manifiestos o postulados de su autor) a través de la alegoría de la botella lanzada al mar; diciendo que está ha de ser leída, digerida (por lo tanto, reconocida) y ejecutada, para que cumpla su cometido. Más allá de las salvedades a las que se refería con esa imagen, es evidente que el arte sobrevive gracias a las esperanzas que fermenta en el lector, y sólo así, la arquitectura tendría las posibilidades de presentarse ante el ser humano que la habita como un espejo a la vez que una ventana, en especial para una sociedad olvidadiza, que la supera con el consumismo y la virtualidad.

Aun así, la posibilidad arquitectónica (y de todo arte) se restringe muchas veces a su capacidad expresiva como fenómeno, y a lo que Norberg-Schulz llama «intención», refiriéndose a la actitud con que el individuo se aproxima a conocer al objeto. Ningún arte podrá rebasar ni contener la complejidad psíquica del ser humano, viéndose más de las

veces como testigo ciego cuando la psique se apodera de la emoción y de la percepción. Concluir en esta aseveración tiene el mero objetivo de evidenciar las fronteras del objeto de estudio, es decir, de la arquitectura, con respecto a la inextricable complejidad humana, aún incomprendida.

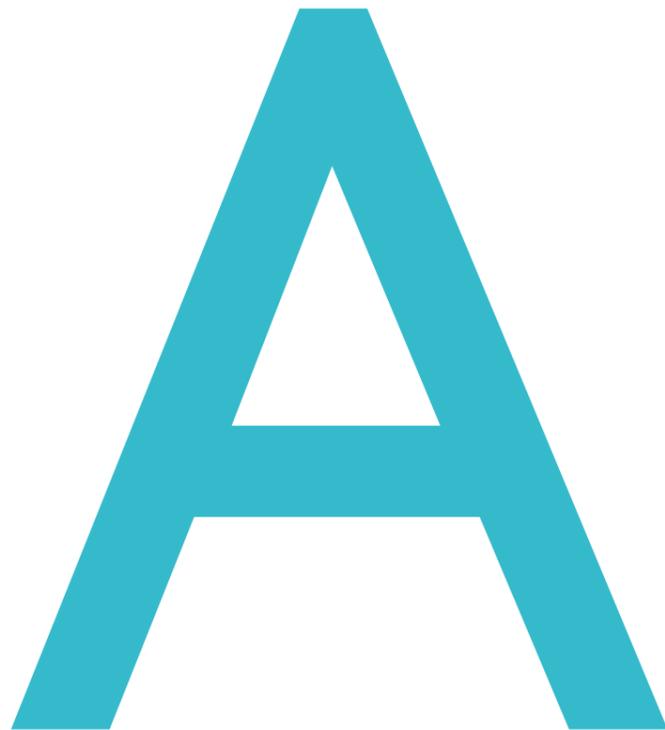
Cabe todavía introducir a la elección tipológica específica a la que se alude: la «vivienda». El término queda limitado, pues la semántica le restringe a una superficialidad técnica extensamente usada en el campo de la normativa urbana, y pocas veces entendida en esencia. Ante este primer problema, se nos presenta uno segundo mucho más grave, y es la nula consideración de la vivienda más allá de un bien económico. Hoy en día, el campo de la arquitectura en la práctica está a merced del consumismo, de las reglas del mercado, de la globalización y de todo ese médium planetario al que llamamos «sociedad individualizada». El juez, ese que otorga valor es el mercado global, y nosotros, somos sus caudillos (más, por no tener una mejor opción, que por conveniencia). De esto no sólo la arquitectura es víctima, sino todo modelo que antaño enriquecía a la formación identitaria, llámese al arte, la cultura, las tradiciones, los mitos, o los mil y un restauradores de promesas que abundan en la era de la sobreinformación. Un mundo dirigido por un mercado global con el único propósito de producir más riqueza, con el costo que esa producción y venta desatan sobre los beneficiados y los explotados. Sin ir más allá, la «vivienda» está en una crisis innegable, y es deber de este trabajo aspirar a una propuesta que salvaguarde las benevolencias de un objeto que antaño cuidaba, intimaba y alimentaba al ser humano a través de su institución. Este objeto arquitectónico, más que ninguna otra tipología, merece y necesita una renovación, un acercamiento que encuentre en la liquidez un compañero a la vez que un enemigo, un inicio y un fin; la «casa» a la que aquí nos referimos se complementa con la coyuntura en la que se haya, con el fin de restituir un equilibrio perdido y vislumbrar un futuro digno. Una «casa» que incite a la soledad perdida, renueve la comunidad dispersa y lejana, concilie el recuerdo antiguo del mundo natural, aspire a la promesa progresista de la tecnología, y restituya el poder de la casa como unidad mínima y dependiente (porque así lo es) de la comunidad cercana y de la sociedad planetaria. El arte es moral, pues para reconocerse se necesita de redención, y la redención es subyugarse ante los errores y aciertos cometidos y saberse responsables de ambos. En esa misma línea, la arquitectura a la que aludimos renueva el valor de la «casa», de ese «hogar» en beneficio de un sentido moral desdeñado por el derroche del capital y su iniquidad moral, como algún día del pasado anunció Karl Marx. En el contexto de la liquidez y la insalvable escala planetaria que le fortalece, esta arquitectura es por menos «rebelde». La «arquitectura de la rebeldía» es la restitución de un

modelo arquitectónico, especialmente comprendido en el contexto tipológico de la «vivienda», que permita implicarse con el ser humano en su intimidad y en su permanencia, presentándose como un medio fiable para la formación de la identidad.

Este trabajo resultará un manifiesto, inacabado para la tarea titánica que aborda, pero sin duda, catalizador de una discusión enriquecedora con la esperanza de redimir una era oscura, como nombraría Hannah Arendt (léase *Hombres en Tiempos de Oscuridad*, 1990), donde los excesos provocan una incertidumbre desconocida sobre la esfera pública, reduciéndola a un terreno temido, desconocido, inseguro y evitado. Las conclusiones finales pretenderán esclarecer las circunstancias de una «arquitectura de la rebeldía», de un «hogar» digno para una humanidad deseosa de nuevas esperanzas; y, con suerte, lograrán problematizar fenómenos arquitectónicos en la lupa de una nueva mirada, y, aún mejor, ser el basamento del puente con el que cruzaremos a un futuro inesperado, conciliador y holístico.

DE VIDAS LÍQUIDAS

Explicación de la propuesta de Zygmunt Bauman en el libro publicado en 2006 «Vida Líquida» en el que a partir del concepto de liquidez analiza el suceder de la época actual y desglosa el impacto sobre la vida humana.



Nunca imaginé que un término tan simple (en superficie, claro está) como el «líquido» pudiera encarnar la complejidad de una realidad, menos aún en tiempos tan inciertos como los que vivimos. Salvando el estereotipo, hay una belleza encarnada en la simplicidad, y quizá la de este término radica en la capacidad de ser una imagen, y por consecuencia, abrirse hasta el menor detalle. Sin entrar en la distinción entre concepto e imagen, la «liquidez» de Bauman adopta las condiciones en las que vivimos a diario y las habita con precisión, situación que le coloca como un aparato lingüístico primordial para las discusiones sobre nuestras circunstancias y su devenir. Con esa complejidad contenida, la explicación deberá ser tan precisa e ilustrativa como la imagen misma propone. En la longitud de este capítulo se le dotarán al lector las armas para comprender, dentro del marco propio al trabajo, al concepto de «vida líquida» o «liquidez», valiéndose de una explicación minuciosa y apoyándose con las anotaciones suficientes para que la reflexión se dirija hacia el objeto de estudio: la «arquitectura de la rebeldía», y en particular, de la «vivienda».

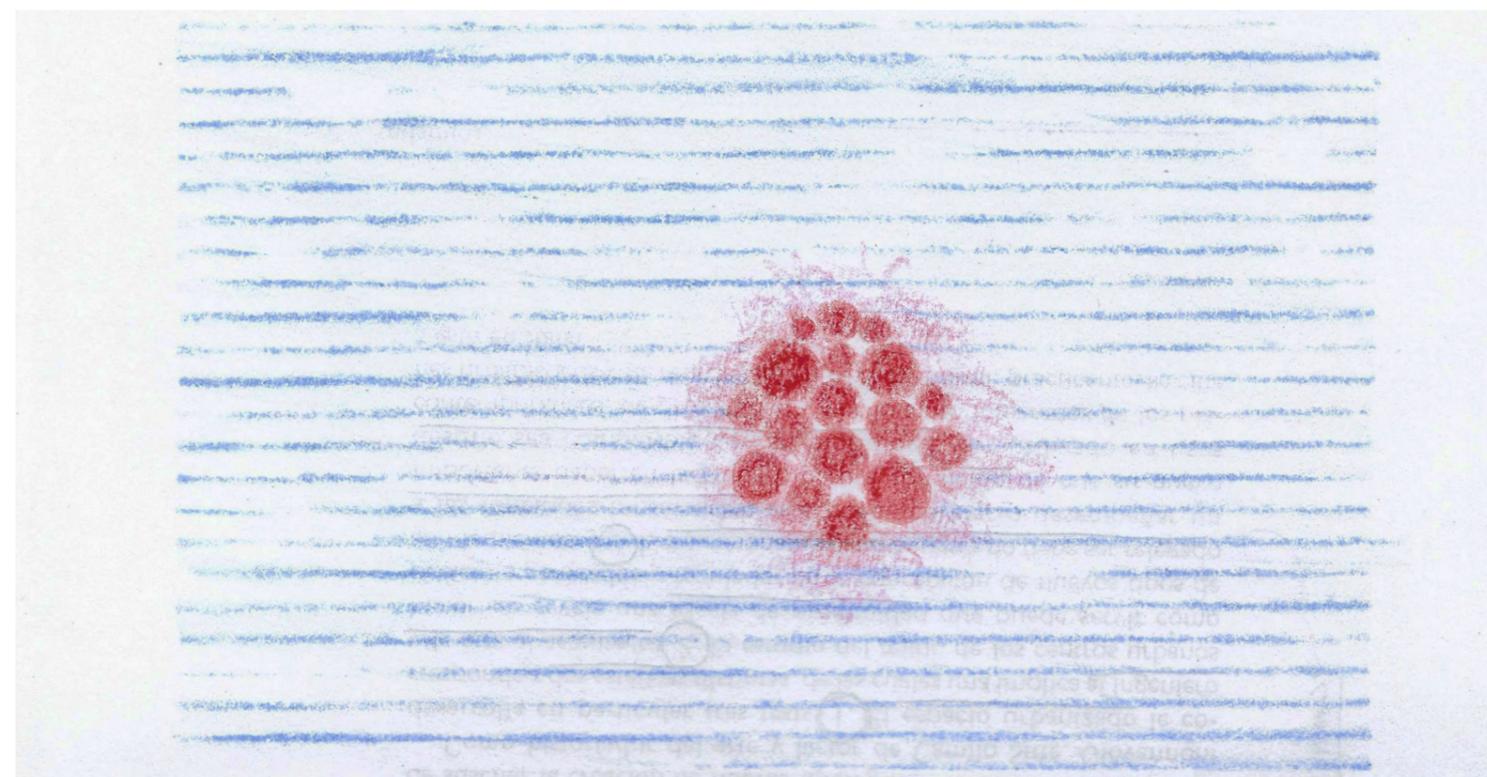
Previo a cualquier otro avance, debemos desglosar la imagen del «líquido», que, posteriormente en la lectura (y con fortuna, relectura) se distenderá hacia el detalle y el objeto de estudio. Nos apoyaremos, como Bauman, con la imagen que creó Barefoot Doctor, en 2003, para ceñir el concepto, y cito:

“Fluyendo como el agua [...] avanzas veloz con ella, sin ir nunca contra la corriente, sin detenerte hasta estancarte, sin aferrarte a los márgenes ni a las rocas del río —los objetos, las situaciones o las personas que pasan por tu vida—, sin ni siquiera tratar de conservar tus opiniones o tu visión del mundo, sino simplemente sosteniendo ligera pero inteligentemente lo que se te vaya presentando a tu paso para inmediatamente soltarlo con elegancia, sin agarrarlo [...]”

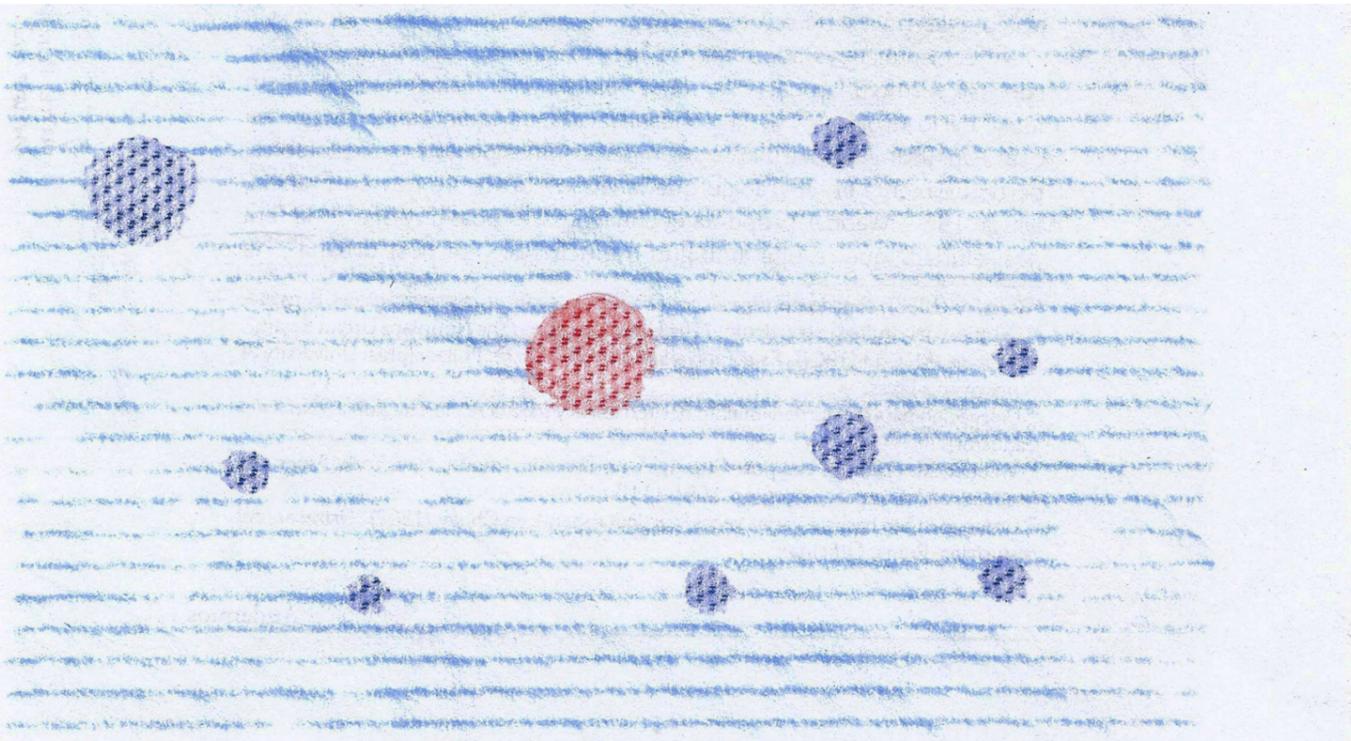
Barefoot Doctor (Doctor, 2003)

El ser humano líquido adquiere esas cualidades ante la incapacidad de poder encontrar una mejor opción, una más fiable. En principio, planteamos la incertidumbre o la inestabilidad como un valor adherido al estado crítico de la vida diaria, más allá de eso, se trata del escape de esa incertidumbre a partir del movimiento constante (característica implícita del líquido), sosteniéndonos brevemente de aquello que nos incite a una fugaz certidumbre, y abandonarlo en el ahínco de no quedar rezagados (pues el resto sigue avanzando y se supone la fuerza o presión que ejerce sobre cada uno) y por la poca o nula firmeza de aquello a lo que nos sostenemos. No vayamos más allá, contemos las veces que cambiamos nuestra honesta opinión a cambio de la de la publicación más gustada; las veces que hemos perdido interés por aquello que nos exige cualquier pizca más de la atención usual (cada vez menor); cuanto hemos privilegiado la rapidez, la eficiencia y la novedad, por sobre la prudencia, paciencia o el cuidado; decisiones tomadas presos de la moda y acechados por el mercado; naturalmente experimentados saltando fronteras y moviéndonos según nuestra conveniencia (jamás permanente). La cuestión es qué no damos cuenta de lo evidente de estas condiciones en cada aspecto de lo cotidiano, en cada detalle, y con ello medimos su enraizamiento. Entiéndase a la liquidez como el filtro más esencial y primario de nuestras reacciones; es la idiosincrasia global de esta, nuestra época.

La «liquidez» como idiosincrasia nos conduce al «problema de la identidad». Contrariedad que depende conceptualmente (y en la práctica) del «individuo» puesto que el suceder de la primera está supeditado al del segundo. Siglos atrás, el individuo se suponía a la sociedad como la célula al cuerpo, esa unidad mínima e indivisible de la cual nada más puede ser analizado desde su propia autonomía. Al contrario, según Bauman, hoy día, ese «individuo» (...) *designa una estructura compleja y heterogénea con elementos eminentemente separables y reunidos en una unión precaria y bastante frágil (...) dentro de un equilibrio dinámico, cambiante y perpetuamente vulnerable.*” (Bauman, 2017, pág. 32). El psicoanálisis es fiel testigo de esta verdad, el ser humano es en primera instancia un ente lleno de dimensiones distintas y cambiantes, que dentro de él hallan su armonía a través del dedicado esfuerzo de la identidad. El estado de inestabilidad de la identidad, a la que continuamente se alude afecta justamente todos estos componentes. El pensamiento, las opiniones, las emociones, las relaciones humanas, las intenciones, la percepción, los deseos, las pasiones, entre tantos otros, son producto de estas partes disgregadas de nuestra psique, todas sujetas al inminente cambio e incertidumbre de la cotidianidad. En términos de la liquidez, este individuo es sumamente vulnerable pues su armonía es víctima de su asedio, de uno constante, interminable y que ni el más prudente puede prever.



1. De autoría propia. El individuo no es la unidad indivisible de la sociedad cuando éste se compone de diversas partes separables y distintas, que se mantienen unidas por la fuerza de la identidad.



2. De autoría propia. Todos nosotros gozamos de identidades formadas de distintas manera que intentan mantener unidos esos elementos que componen al ser humano.

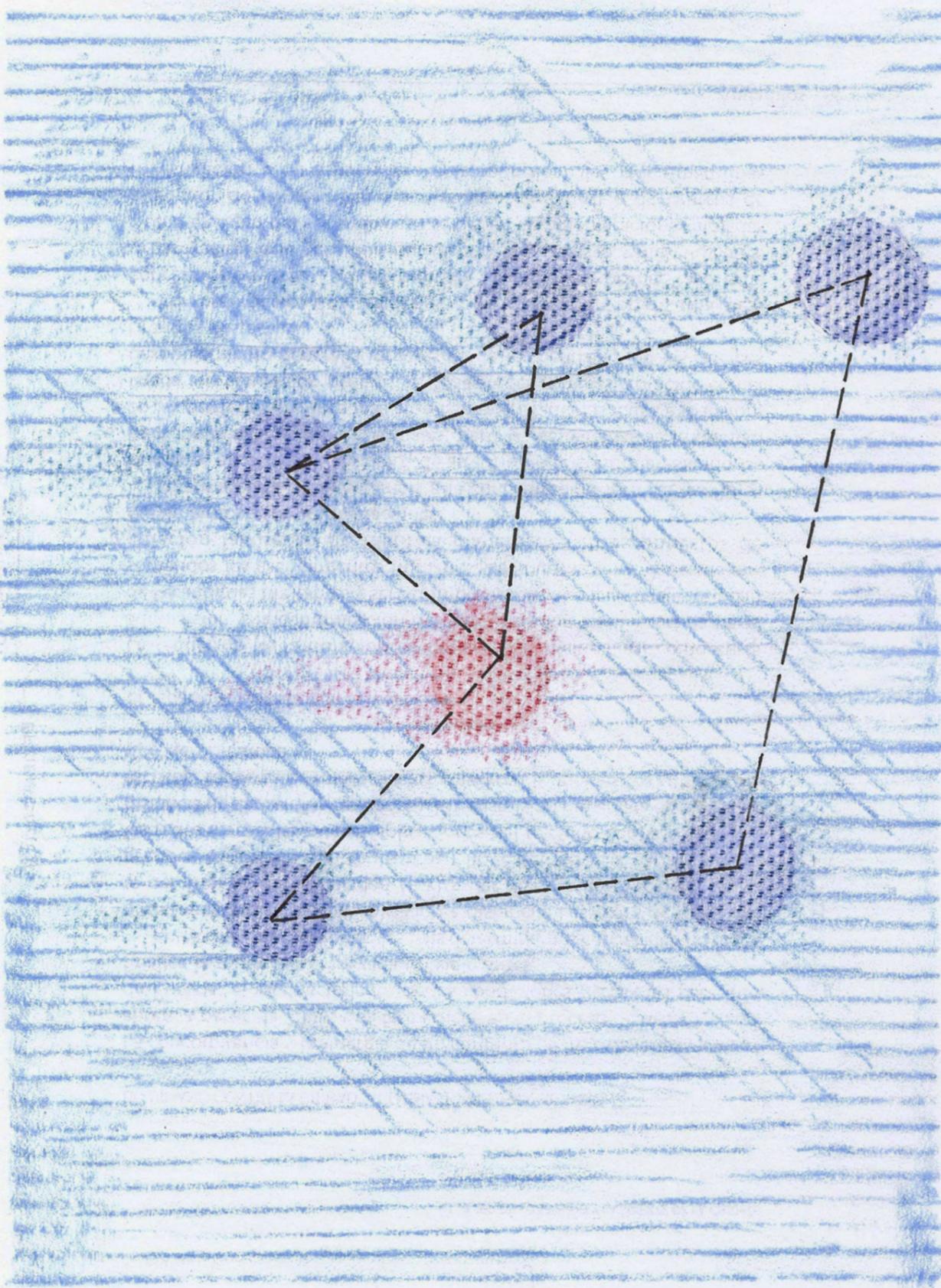
Del individuo deriva la «individualidad», un término cada vez más usual y descriptivo para la vida líquida. Bauman, y probablemente uno mismo, le define según la «autonomía» del individuo, y cito: *“Hoy en día, la «individualidad» representa, sobre todo, la autonomía de la persona, que, a su vez, es vista al mismo tiempo como el derecho y el deber de ésta. Antes que ninguna otra cosa, la afirmación «soy un individuo» significa que yo soy el único responsable de mis virtudes y de mis fallos, y qué es tarea mía cultivar las primeras y arrepentirme de los segundos y ponerles remedio. (...) En tanto tarea, la individualidad es el producto final de una Transformación Social disfrazada de descubrimiento personal.”* (Bauman, 2017, pág. 32) Si en el párrafo anterior detallábamos la separación interna de las partes del individuo y el equilibrio de fuerzas necesarias para contenerle coherentemente, ahora la «individualidad» se presenta como esa tarea continúa y privada a partir de la cual la coherencia y equilibrio se mantienen, o, mejor dicho, se tambalean. Con un poco más de agudeza, a sabiendas de que el mismo Bauman lo plantea, se notará que este «descubrimiento personal» se vende y consigue en el mercado como producto; actualizándolo y descontinuándolo según su éxito (definido por la vara de la rentabilidad). Si hoy anunciamos la venida de la «sociedad individualizada» es por la paradoja inscrita en esa ley social (en la que ahondaremos posteriormente) de sabernos individuos en la medida de esta «individualidad», con la frontera de que ésta

sólo puede ser avalada por la «colectividad», es decir, que a pesar del enaltecimiento de esta sociedad cuyos individuos tienen la plena libertad de crear su propia identidad, ésta será enjuiciada por la «sociedad de individuos» bajo el comando del mercado global (y sus bien conocidas incertidumbres e intereses).

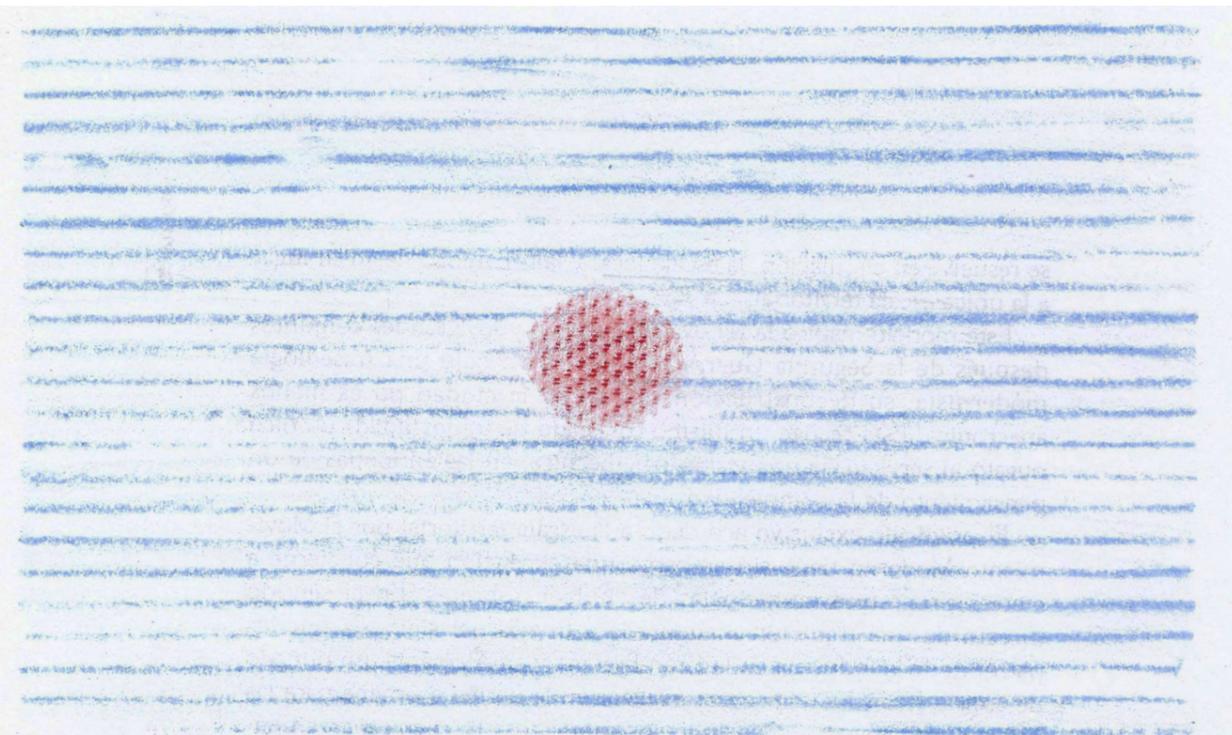
Si en una «sociedad de individuos» a todos se les exige ser “uno”, con la condición de que cada “uno” deberá ser diferente a los demás, y que esa diferencia está supervisada por la sociedad que lo exige; como diría Bauman: *“(...) como acto de emancipación y autoafirmación personales, la individualidad parece afectada por una aporía connatural a ella: una contradicción insoluble. Necesita que la sociedad actúe tanto de cuna como de destino suyos.”* (Bauman, 2017, págs. 30-31) Y en esta paradoja encuentra su hogar la crisis primera a la que nos enfrentamos a diario. En cada mañana despertamos, ahogados y desesperados por situarnos en el contexto global y en la más reciente actualización de opiniones para formular la nuestra, con el infortunio de que ellas fluctúan tantas veces; desde el periódico online (y global) de preferencia, con una dosis más tranquilizante de verdad (aunque más de las veces cuestionable), pasando por las redes sociales de la anonimidad donde cada cual expresa información cuando más percibida, y cuando menos, digerida, pero siempre fluctuante; y terminando con nuestra familia, cuyo paso para formular su opinión debió de ser el mismo que el propio, con más o menos paradas y, con suerte, un poco más de sinceridad. Tal imagen sólo dibuja la que concierne a la formulación de una opinión, cuando este esfuerzo es continuo y exigente, en todas las dimensiones del ser humano, y de no hacerlo sufrimos de las inconsistencias de identidad y del rechazo. Aún con todo ello, este producto comprado que promete ser consistente es frágil, endeble y efervescente pues a pesar de toda la información recibida, ésta caduca, y cada segundo una más actualizada aparece, y muere con la próxima. La sociedad es enfermera y verdugo, comandado por el patriarcado del mercado y la globalización.

Podemos sentirnos orgullosos de que nuestra modernidad líquida nos regale la oportunidad de ser parte del suceder del mundo con la facilidad de un botón y un par de palabras. En el libro de los No Lugares, Marc Augé dice lo siguiente: *“Nunca las historias individuales han tenido que ver tan explícitamente con la historia colectiva, pero nunca tampoco los puntos de referencia de la identidad colectiva han sido tan fluctuantes. La producción individual de sentido es, por lo tanto, más necesaria que nunca.”* (Augé, 2000, pág. 43) La individualidad se alimenta de lo que haya para referenciarse, a pesar de su fugacidad o fluctuación, pues su supervivencia depende de su alimentación, y no de la calidad del alimento. Las referencias colectivas son ese alimento líquido; el cual está en una crisis profunda, superada por el apetito individual y dominada por la globalización.

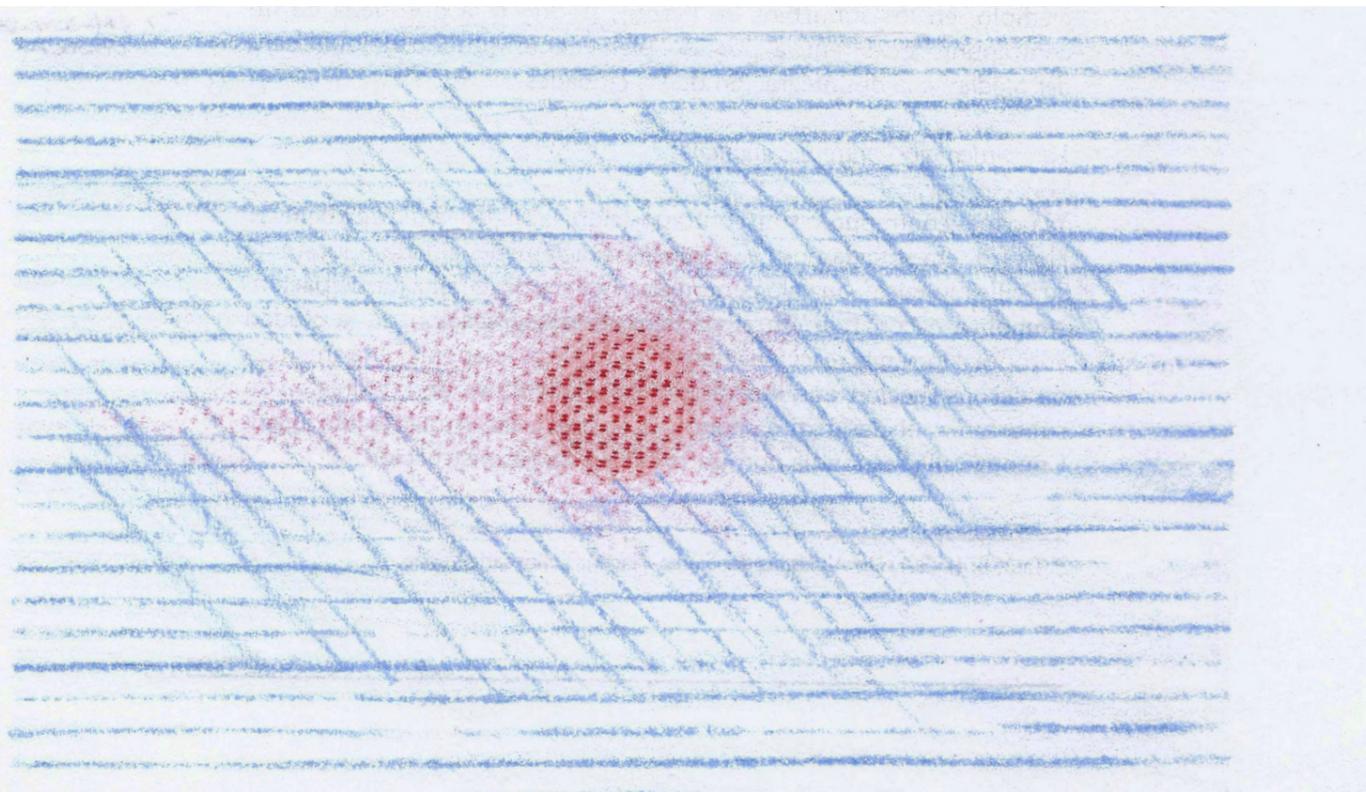
En el marco de la libertad proclamada se introduce el concepto de «libre albedrío». A sabiendas de que todos estamos sumergidos en el río global de la sociedad de individuos (indiferentemente de si estamos varados o nadamos con facilidad), esa sumersión indica un derecho primero a sabernos «individuos de iure», es decir, “*por ley (de la escrita, pero también de la que no está escrita, que no es menos poderosa por ello)*” (Bauman, 2017, pág. 34). Y ante los incrédulos, Bauman dice que lo es por lo siguiente: “(…) *por la presión difusa pero aun así continua, apabullante e irresistible del «hecho social».*” (Bauman, 2017, pág. 34), y aclaremos este «hecho social», pues su existir es consecuencia del proclamado «libre albedrío». Mientras aún persiste el pensamiento del libre albedrío como una ficción, este sucede por la simple práctica del hecho social, es decir, del sabernos parte de una sociedad (otrora nacional, hoy planetaria) y de la vida práctica en sociedad. Como dice Bauman, se trata de una presión ineludible “(…) *que viene acompañada de sanciones irresistibles; una presión que no puede ser impunemente discutida ni se puede desear simplemente que desaparezca (ni, aún menos, puede ser ignorada ni se le puede oponer resistencia).*” (Bauman, 2017, pág. 34) La tentación del libre albedrío, regalo de la sociedad de individuos a sus miembros, se renueva a diario, pues le acompaña la factura de pertenecer a ella, y, por tanto, el deseo de abandonarla, con el castigo de ser un desertor y rechazado. Esta proclamación de libertad es deseada y odiada, pero nunca ignorada y vencida. Comprenderla permite adivinar por qué



3. De autoría propia. Vivimos en una sociedad de individuos, conectados por interacciones frágiles, endebles y fluctuantes.



4. De autoría propia. Somos en primera instancia individuos de iure, es decir, por el hecho de insertarnos y vivir en la sociedad de individuos.



5. **De autoría propia.** Deseamos tener el privilegio de volvernos individuos de facto, es decir, hechos, y para ello tenemos que ser auténticos y voraces participantes en la sociedad de individuos, practicando el consumo y volviéndonos híbridos.

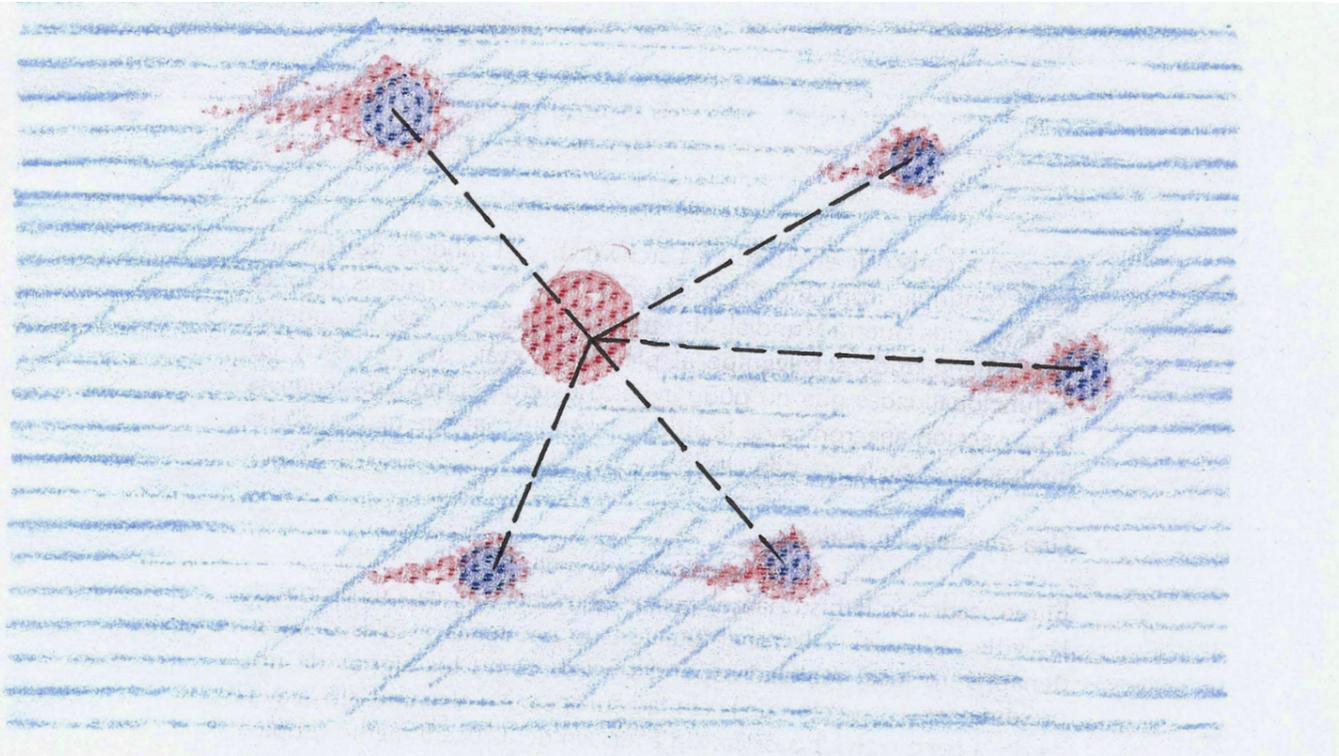
un sistema tan voraz y no guiado por un sentido de moralidad, sino por la iniquidad del capital puede ser nuestro inicio, medio y fin de vida. Con toda esta información en mano, la «liquidez» tiene aún más sentido como concepto idealmente diseñado para esta posmodernidad.

Una vez más, retornamos a la noción de identidad individualizada. Con plena consciencia y derecho de sabernos individuos, ahora se nos presenta la interminable tarea de mantener esta individualidad bien alimentada. A diario andamos por la vida negociándola en cada interacción y cada roce. Así, al acordar con una opinión, la apoyamos (por el medio que la interacción permita) y, por consecuencia, la apropiamos. Cuando llegue el momento, breve como será, la desecharemos al interactuar con el próximo transeúnte, que ofrecerá un nuevo producto (ya sea propio o ajeno) que hará tambalear la vieja promesa. En este vaivén, la identidad se rehace sin parar debido a la velocidad a la que ocurren las interacciones, ahora multiplicadas por las densas conexiones virtuales y planetarias. En cada nuevo encuentro compartimos el deseo de escapar de la incertidumbre que nos provoca la referencia más actual, y cruelmente vendemos productos engañosos (muchas veces no intencionados). Perdemos certeza en cada nueva conversación y

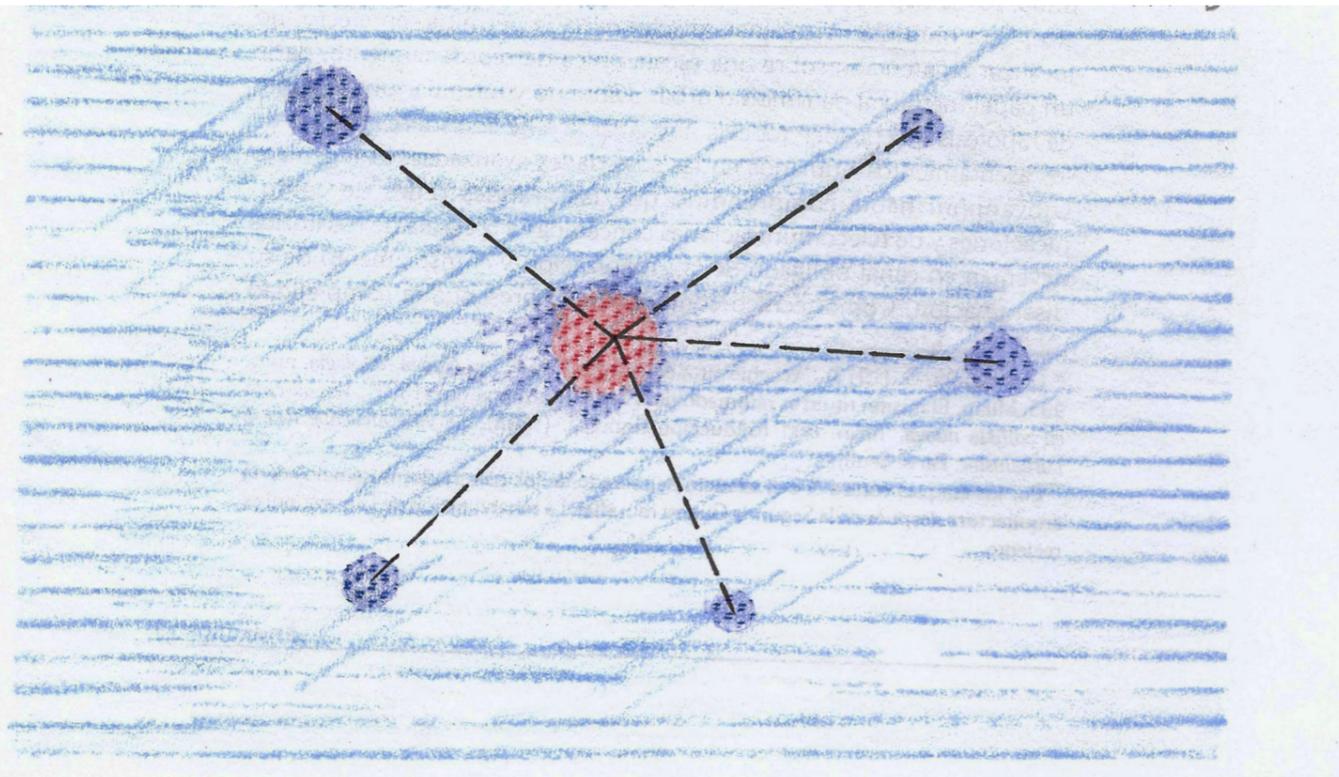
luchamos por comprarla rápidamente, pues la ansiedad del rezago o el vacío es demasiado dolorosa como para soportarla.

Con estas nuevas circunstancias no queda más tiempo que para esta negociación, y uno ha de ser veloz, pues como sabiamente Bauman cito a Lewis Carroll en Alicia en el País de las Maravillas: *“lo que es aquí, como ves, hace falta correr todo cuanto una pueda para permanecer en el mismo sitio. Si se quiere llegar a otra parte hay que correr por lo menos dos veces más rápido”*, y como tal, hoy es más que nunca una verdad. Ahora *“(…) el advenimiento de la individualidad se vive más como un presagio de la desaparición de las redes de seguridad tradicionales que de la libertad de movimiento y elección.”* (Bauman, 2017, pág. 41), con la franca evidencia de la nula preocupación por un desarrollo colectivo o comunitario, y la progresiva oxidación de las redes que en la modernidad sólida del pasado unían barrios, ciudades y naciones. Bauman es enfático con esta convalecencia. La superación de la individualidad sobre la colectividad *“(…) marcó el debilitamiento (..) progresivo de la densa malla de lazos sociales que envolvía con firmeza la totalidad de las actividades de la vida. Señaló la pérdida de poder (y/o interés) de la comunidad para regular con normas la vida de sus miembros.”* (Bauman, 2017, pág. 32). Decidimos nuestra identidad en la privacidad de nuestras vidas sin la menor preocupación o responsabilidad por nuestros coetáneos, pues la producción de individualidad es principalmente un acto económico y ya no más social, sumándole que la posibilidad de acceder a los recursos (llámese proveedores de identidad) se puede realizar desde la anonimidad de la virtualidad o desde el recelo e inseguridad de la interacción física.

Las actividades que a diario realizamos no contienen una carga moral pero sí un interés económico; la solidaridad y la responsabilidad social se volvieron valores caducos del pasado. El interés económico aniquila toda posibilidad de moralidad, sumándole la infinita cantidad de opiniones y pensamientos sobre lo que esa “moralidad” es, a clara conveniencia de cada uno. Bauman continúa: *“(…) la comunidad había [ha] perdido su anterior capacidad para (..) coordinar las acciones humanas presentándola como un problema, como un tema sobre el que reflexionar y preocuparse, y como un objeto de elección, decisión y esfuerzo decidido.”* (Bauman, 2017, pág. 32) La tendencia a recuperar este “sentido comunitario” se presenta hoy como un esfuerzo y no como el envoltorio natural de la vida; para llegar a advenimiento, el camino será escabroso y complicado, con la voluntad puesta en duda a cada momento por ese “hecho social” que no desea que nadie le abandone, y mucho menos, que lo hagan acompañados. Considérese esto



6-7. **De autoría propia.** La identidad es una negociación. Cada uno consume y vende según sus conveniencias, y con ello va formando y reformando su identidad.

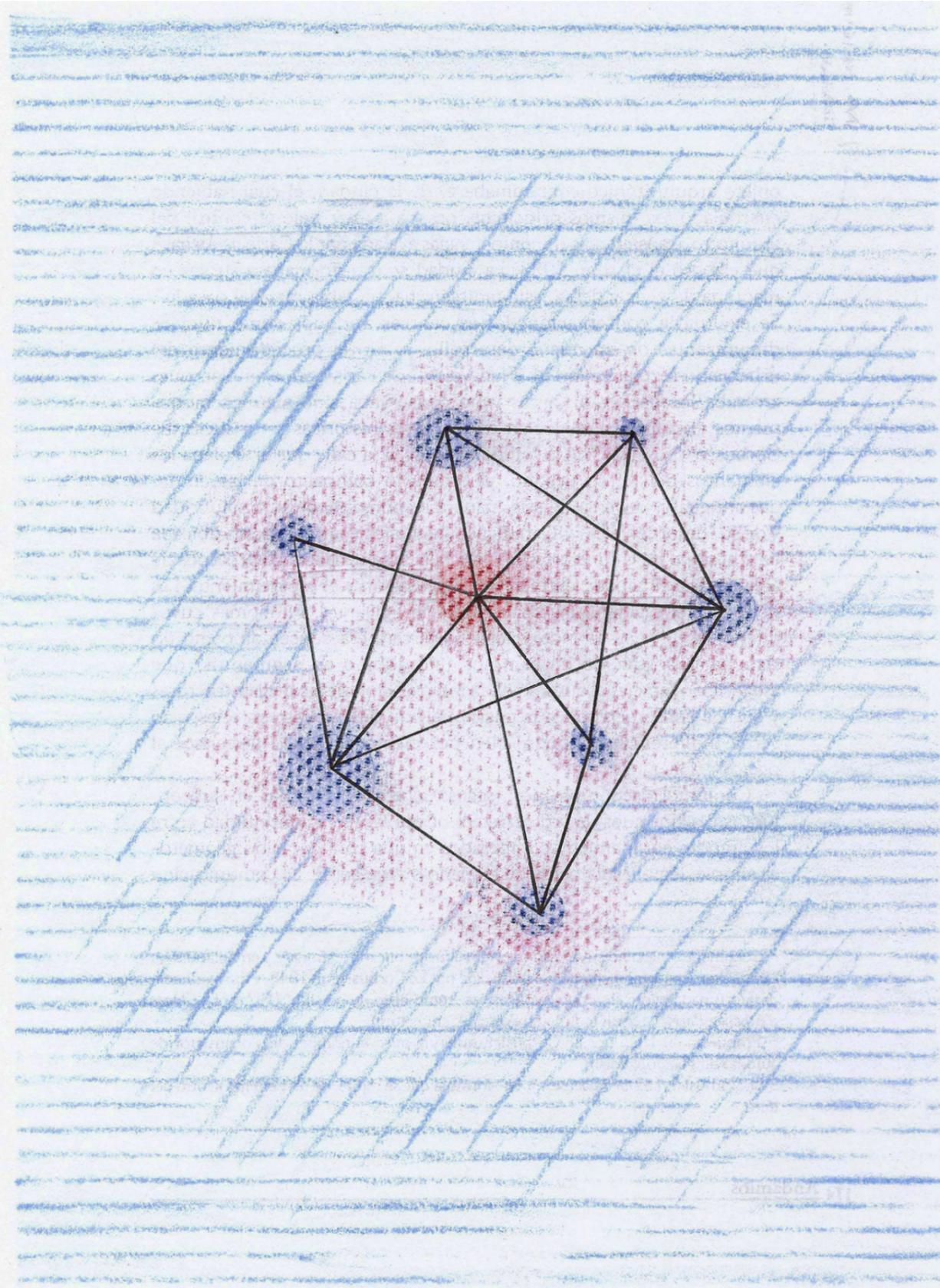


a peor pues el consumismo se presenta como la solución ideal a la paradoja de la sociedad de individuos. El consumidor líquido está bien entrenado para comprar el nuevo producto con el que referenciar mi identidad. En esa interacción de compraventa se guarda la más dura crueldad de este sistema, pues no hay interés fuera de lo económico. Con mayor ahínco estos encuentros son de a diario, actualizados y discontinuados con el afán de mover este decidido río planetario, y no parar, pues ello significaría su fin.

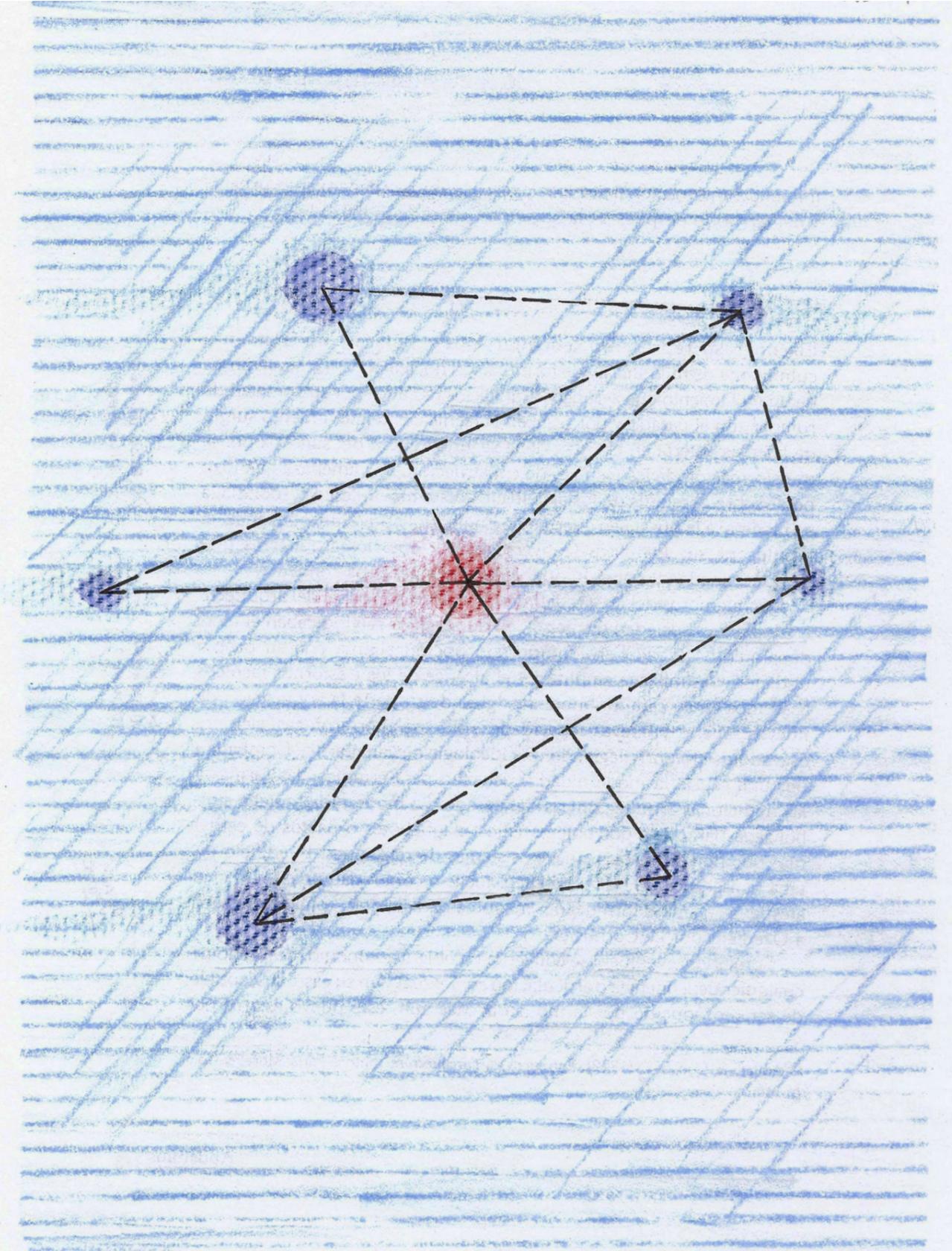
El paso de la historia fue la causa de este destino líquido, augurado décadas atrás. El ganador de este transcurrir histórico es la «sociedad», ente imaginario, "(...) *qué reemplazó a la comunidad de verdad, a la que ocultó de nuestra vista con su luz deslumbrante, o entorno social que no necesitaba y no hubiera resistido el uso de la imaginación para el autoexamen) representaba esa nueva necesidad (sin elección) como derecho humano que había costado mucho conquistar.*" (Bauman, 2017, pág. 33). La sociedad se alzó triunfante ante un sistema que superó al Estado-nación, y se volvió en uno que cobijo entero al planeta. Su condición imaginaria o abstracta radica justamente en esta naturaleza distendida; sólo la mente puede contener ese "espacio social" universal y las inmensas y nuevas redes que construyó sobre todo el globo. La comunidad fallece con cada nuevo triunfo de la individualidad y su recelo.

En la línea de estas circunstancias, arribamos necesariamente a la «identidad» como concepto. Bauman dice con respecto al término: "[La identidad] *Navega entre los extremos de la individualidad intransigente y el sentimiento pleno de pertenencia a un colectivo (...)*" (Bauman, 2017, pág. 45), y él mismo añade, que mientras la primera puede caer en las fauces del recelo y del narcisismo, la segunda puede hacerlo en la aprehensión y el desvanecimiento de la individualidad en el sentimiento colectivo. El «problema de la identidad» oscilará siempre entre la marea de estos dos extremos, siendo que, en nuestro mundo, el rey es la individualidad, mientras que los infructuosos arrebatos de los rebeldes de la colectividad son rápidamente (y subliminalmente) callados y arrojados una vez más al río de la sociedad de individuos. Si prestamos un poco de atención, el interés lo arrojamos normalmente al extremo de la individualidad cerrada y preocupada por sí misma, porque a pesar de aspirar a crear identidad bajo su "autorreferencia", como previamente se dijo, ésta sólo sucederá bajo la observancia de un colectivo, con la condición de la fugacidad, hoy natural, de los últimos.

Con estos conceptos desglosados, cada pieza del rompecabezas tiene razón de ser. Más allá de las inconveniencias de la sociedad de individuos (pues negarla como



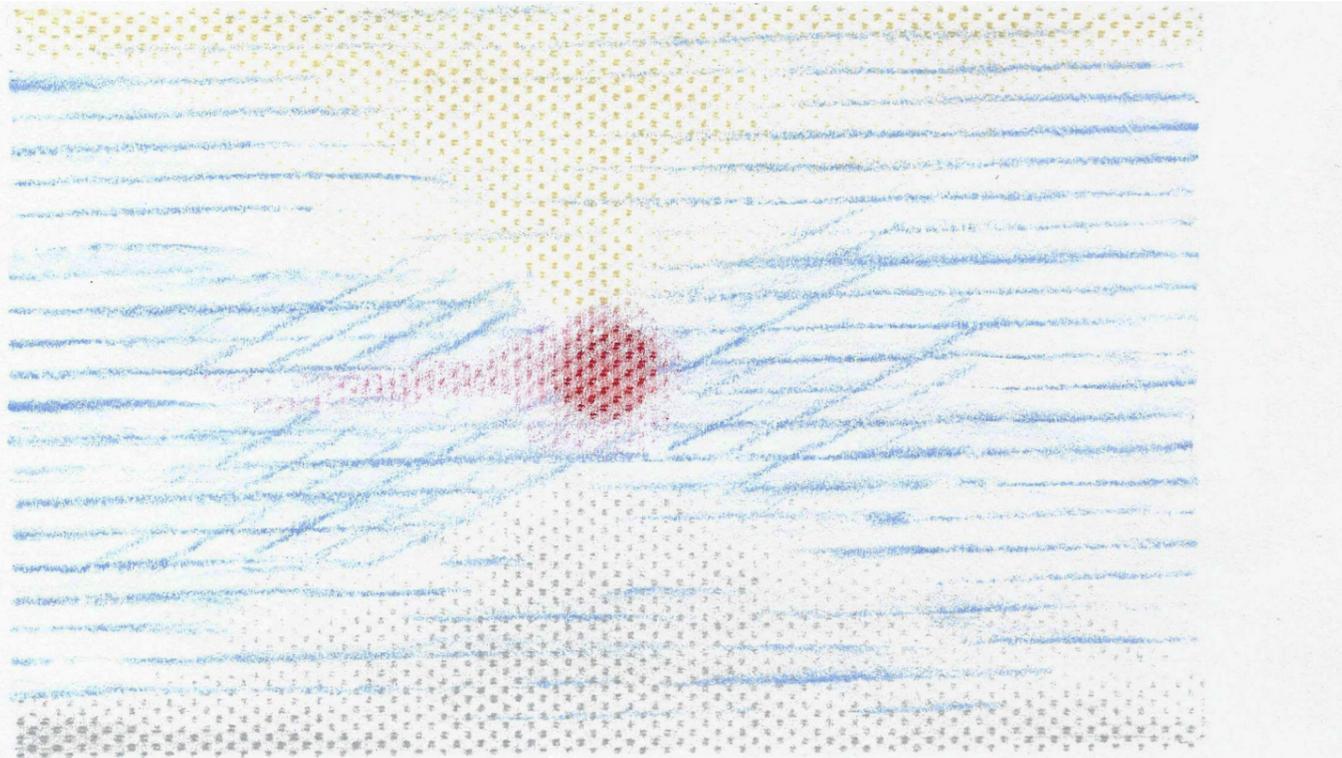
8. De autoría propia. Las comunidades que en antaño unían y vinculaban a los individuos con redes firmes y constantes.



9. De autoría propia. La sociedad vino a superar a la comunidad, relacionando a muchos más individuos con redes imaginarias y frágiles, que fluctúan constantemente en su composición.

problema sería demasiado indulgente) son el consumismo y sus aliados los que reinan este sistema, con escudos engañosos en su bandera. En el párrafo anterior, la tensión intrínseca al «problema de la identidad» se hace presente entre las fuerzas (e intereses) de la individualidad y de la colectividad. El primero abogará por una promesa de libertad, de la que vemos sus frutos (los que podemos) el día de hoy. El segundo, en contraparte, supondrá una promesa de seguridad, la que ansiamos a diario. Quizá no se trata únicamente de una situación de extremos, pero sí una de matices. El sistema homeostático que vela por la humanidad y el mundo tal vez un día encuentre su equilibrio entre esos dos polos, para bien ya no sólo de la especie, sino del mundo mismo.

Habiéndonos concentrado en la naturaleza de la liquidez, en su evolución y en su quehacer, las preguntas restantes se concentrarán ahora en sus consecuencias, cuan-

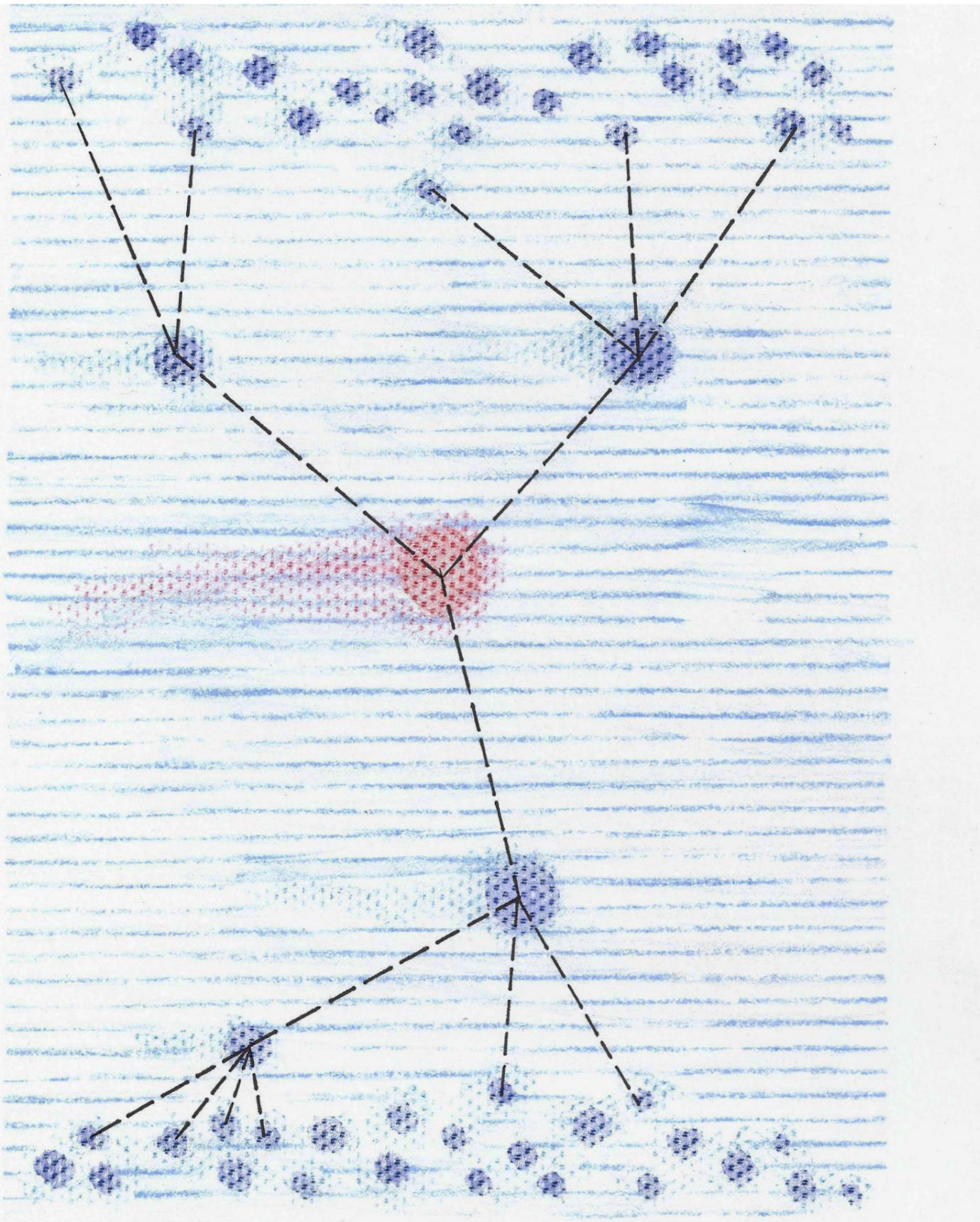


10. De autoría propia. El individuo se ve afectado constantemente en su formación identitaria por la influencia y atracción de la individualidad o la colectividad.

tiosas como se espera. En primer lugar, y como ya se señaló, en este caudal imparable y planetario, los hay nadadores experimentados como náufragos varados o a la deriva, llevados por la corriente que los primeros provocan. Los frutos que (a pesar de su fluctuación) disfrutamos del árbol de la libertad y la individualidad, y gracias a la globalización, son dirigidos a los territorios de concentración de la riqueza, aquellos países de primer

mundo donde las delicias pueden ser vendidas y compradas ávidamente. Sin embargo, aquellos sólo crecen en tierras fértiles (ya agotadas) perdidas en lugares que no ven las bondades producidas, sino que sufren de la explotación de sus campos, que como diría Jeremy Seabrook, han sido agotados y transformados. Una crueldad más añadida a la lista, como Bauman delataría: “(...) *la individualidad continúa siendo un privilegio* (...)” (Bauman, 2017, pág. 40). La denominada «infrac clase» no puede costear los beneficios de la libertad mientras que sí sufren las convalecencias de una élite planetaria con los fondos, la fidelidad y la fiereza para disfrutarlos. La búsqueda de identidad es una necesidad humana, la desventaja es que para la infrac clase, comprender ese término con la vara de la élite sería un insulto, como diría Bauman: “*Sin intentar comprender lo que significa el extraño término «individualidad», difícilmente podrían adscribirlo a nada en su experiencia vital que no fuera la agonía de la soledad, el abandono, la ausencia de un hogar, la hostilidad de los vecinos, la desaparición de amigos de los que se puede confiar (...) y la prohibición de entrada en lugares que otros seres humanos se les permite recorrer, admirar y disfrutar a su voluntad.*” (Bauman, 2017, pág. 36). Con todas las inconveniencias e injusticias, y a pesar de aún guardar la esperanza de la libertad que promete el «hecho social», pues siguen siendo miembros de esta sociedad de individuos, son condenados al sufrimiento, escasez y rechazo de los privilegiados de la individualidad. Para la infrac clase no existe más opción que una identidad «fundamentalista» azorada y desvanecida en los fanatismos que con tanto ímpetu la élite pretende nombrar como peligrosos, anticuados, violentos y exiliados de las megalópolis de la libertad. Esta identidad optará “(...) *por aferrarse a la identidad heredada y/o adscrita*” (Bauman, 2017, pág. 41), pues ante la falta de posibilidades, resulta la opción más viable. Los fundamentalismos de nuestro siglo son vástagos legítimos de una sociedad individualizada de escala planetaria.

Al otro extremo, la liquidez parió a su heredero, la identidad «híbrida». La supremacía de la individualidad en la lucha identitaria significa que la liquidez debió crear un individuo con la capacidad de ejemplificar y mostrar todas las posibilidades de este sistema. La «hibridación», como diría Bauman, “(...) *es una declaración de autonomía o, más aún, de independencia con la esperanza de que venga acompañada de soberanía también en las prácticas.*” (Bauman, 2017, pág. 44), aunque más que eso, pues ese es su eslogan de ventas, ésta significa “(...) *el movimiento hacia una identidad perpetuamente «por fijar»*” (Bauman, 2017, pág. 47), y en ese enunciado radica su carácter, en la continua e inexpugnable lucha por escapar de todo aquello que signifique dependencia y que lo ate hacia algún lugar, permitiéndole andar por el mundo con la libertad anunciada de la sociedad de individuos. La existencia de los «híbridos» solapa la esperanza del resto de

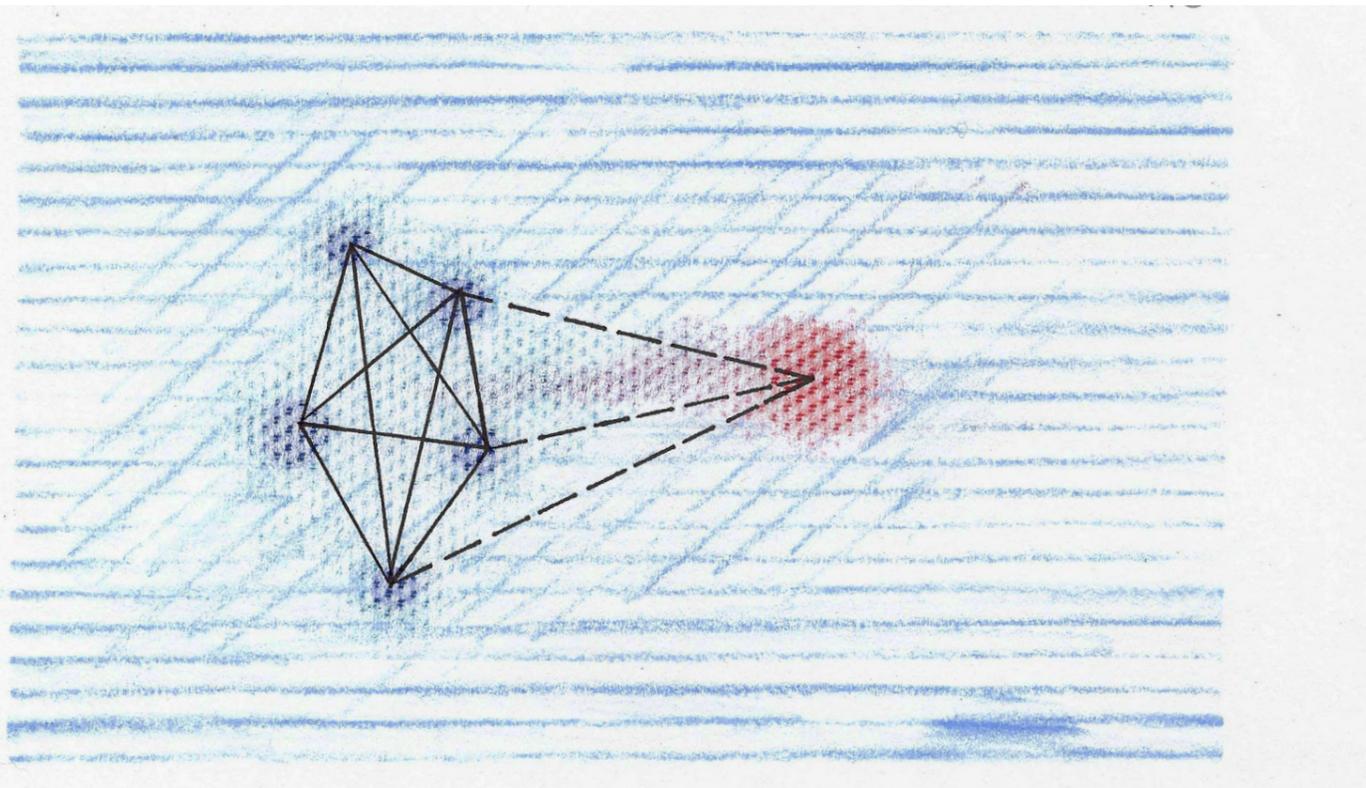


11. De autoría propia. Mientras existen los individuos de facto que navegan e impulsan el fragor del río planetario, también existe la infraclase, mucho más abundante, y que sufre de las desigualdades que perpetua el sistema de la sociedad de individuos.

nosotros que aspira fervientemente a poder ser parte de esa élite, a poseer tanta libertad que ninguna frontera o límite pueda contenernos, viviendo el mundo y reescribiéndolo para el resto de nosotros a cada momento, y con cada paso que da. La figura híbrida es el heredero de este trono, y su costo es correr y no parar, nadar y nadar formando las corrientes del río planetario, pues su reino depende de la incipiente construcción y destrucción de su identidad, para bien ver de sus súbditos.

De este mar resulta ganador una figura en particular, muy a la par de la hibridación, descrito por Bauman como el «homo eligens» o el «ser humano que elige». En su definición encontramos una contrariedad que venimos señalando constantemente, la de la incertidumbre inscrita en el indispensable proceso de negociación de identidades. El «homo eligens» no se refiere específicamente al acto de elección, sino a las solicitudes infinitas de la sociedad de individuos a llamarnos a ella, independientemente de la dirección de la decisión; más que en ningún otro momento en la historia, estamos llamados a «elegir» pues el sistema depende de que tú, y el resto de la sociedad, lo hagamos sin parar, a pesar del agobio. Bauman dice al respecto: *“El único «núcleo identitario» que (...) surgirá (...) fortalecido (...) será el del homo eligens (...) un yo permanentemente impermanente, completamente incompleto, definitivamente indefinido... y auténticamente inauténtico.”* (Bauman, 2017, pág. 49). Asociar al homo eligens con la hibridación no es para nada difícil, pues en realidad la hibridación encarna la perfección de esta agotadora práctica electiva. Aún así, élite y el mundo entero padecen de este requisito y de sus consecuencias. La identidad es una tarea incansable y en la que no estamos dispuestos a ceder, pues cualquier parada significaría quedarnos siglos atrás con respecto al resto, y eso infringiría un dolor y trauma insoportables. Y si paráramos, el mercado, con subliminales conductos, te incitaría a la elección una vez más, pues su germen se desbocó en los lugares de mayor intimidad, entre nuestras relaciones más fiables, en los modelos esperanzadoramente permanentes, y ocultos esperan encontrar los medios para volverte una vez más al consumismo satisfactorio y voraz. Si llegara el día en que ese ciclo de eterna elección parase, que los logros individuales y el resultado de nuestros esfuerzos estuviera a nuestro alcance por el suficiente tiempo para sabernos enteros, el mercado, como diría Bauman, “recibiría un golpe mortal”. Estamos encadenados al ángel (engañosamente) de la libertad.

Se ha insistido en que el «problema de la identidad» se sostiene hoy día en estos modelos de referencia fugaces, con la cruel maldición de la eterna elección y sus implicaciones. Por fin, después de tan largo camino, la arquitectura entra en su territorio.



12. De autoría propia. El individuo híbrido más que ejemplificar el paradigma de la autonomía, es el del escape. Constantemente se ve asediado por cualquier intento de domesticarlo, pero sus fuerzas siempre se dirijan al escape cuya consecuencia es su inconcebible identidad que se destruye y construye indefinidamente.

Esta disciplina, como el arte, y toda expresión cultural, han sido desde siempre materia prima para la producción de estos «modelos», pues los primeros, como se insistía en la introducción, tienen el placer de relacionarse íntimamente con el ser humano. Específicamente, la arquitectura tiene una implicación bajo la cual soportaremos esta renovación axiológica de la «vivienda». Sin más dilación, estos «modelos» otrora fortalecidos por un sistema que les respaldaba como el Estado-nación o las comunidades «verdaderas», han visto suplantarse su carácter permanente por el de fugaz y fluctuante. Una vez más caemos en el homo eligens que para vivir ha de permanente continuar eligiendo entre estos inestables modelos, y avanzando sin parar con esa acción. Una identidad así muere y nace a cada instante, como diría Bauman: «(...) la «*identidad*» se ha convertido en algo (...) *autoatribuido y autoadscrito (...) un producto (...) temporal y con una esperanza de vida no determinada, pero probablemente corta.*» (Bauman, 2017, pág. 46). Lo elongado de la vida de una identidad dependerá de esa autoatribución y autoadscripción a un modelo que el mercado cuidadosamente diseñará caduco. Las actualizaciones, innovaciones y novedades son la ejemplificación (y orgullo) de un consumismo bien adoptado para este sistema líquido. Bauman continúa: «*Los órdenes auténticos o postulados de superioridad/inferioridad, que antaño se suponían estructurados de un modo inequívoco conforme a la irrefragable lógica del progreso, se han desgastado y han desaparecido, mientras*

que los nuevos son demasiado fluidos y efímeros como para solidificarse en una forma reconocible y retenerla durante el tiempo suficiente para ser adoptados como marco de referencia seguro para la composición de la identidad.» (Bauman, 2017, pág. 46); y en ese párrafo, Bauman describe agudamente la situación y evolución de las referencias identitarias actuales. Con esta fluctuación ¿no parecen justificables esas conversaciones que siempre convergen en un estado natural de crisis? Huimos desesperadamente más que avanzar, y envidiamos más que apoyar, representamos a las víctimas y nos declaramos victimarios. En esta realidad cada cual tiene la respuesta verdadera, resolviendo el acertijo del «modelo ideal» con el cual desarrollarse personalmente, y todo sucede en el éxtasis libertario hasta que se encuentra una falla en él (que así será). En otros tiempos los modelos triunfaban por un sistema que les cuidaba y les hacía florecer, una comunidad en la que encontraban su hábitat; hoy es la cantidad y la novedad la que es premiada, cuya obvia consecuencia será el advenimiento de la fugacidad en ellos.

Vivimos en la era líquida, nacimos y morimos en ella (y por ella). La esperanza del progreso moral se ha olvidado y reemplazado por el económico y el libertario, con la dura consecuencia de nuestros desvíos. La única permanencia es que no la hay, el escape continuo y esforzado de nuestros ayeres, y la incansable tarea de conseguir estos modelos capaces de solventar el «problema de la identidad» es una que consume la mente y el cuerpo arduamente. Los abundantes «modelos» o referencias de identidad vendidos (desnudos) en los aparadores existen por esta necesidad. La palabra tendencia o moda, entendida como aquello que los consumidores definimos como correcto y actualizado, y, por lo tanto, quien lo posea será el rey al que adoremos (temporalmente, como es obvio). Aquella prenda que el diseñador de moda expuso en algún espectáculo es la tendencia según los jueces de élite (aquellos híbridos que admiramos), y quien la compre será visto como un miembro de su selecto club, ¿quién no querría serlo? Aun así, estos ejemplos ocurren más a menudo en otros ámbitos un tanto más banales, pues el caso anterior es el inicio de la institución de una moda. Revisemos nuestras aspiraciones por formar parte de una comunidad privada, esos barrios que se fortifican de su ciudad (como otrora lo hacíamos con la naturaleza) por el miedo y el terror de los extraños que circulan en ellas. Lo público es un desierto cada vez más abandonado y en la que nuestro rol comienza a ser una vez más el de aventurero arriesgado y sobreviviente. En fin, esas comunidades privadas se alzan como «modelos» ganadores (en términos de rentabilidad, claro está) en esta lucha arquitectónica por resolver el problema del miedo, en principio, pues la liquidez sigue andando libremente entre sus muros blancos e inertes. Estos modelos, cuya inestabilidad es implícita, pues incita a la mínima posibilidad de encuentro casual,

y de la cual incluso sus miembros dudan de la confianza interna, pues lo único que los arroja a ese lugar, es el miedo conjunto al “otro” y, si acaso, un capital o crédito similar; o, notemos incluso su rol como «casas-dormitorio», donde se llega sólo a la breve actividad del «descanso» y que, aun así, es mal entendida por sus breves e inacabadas soluciones en habitaciones cerradas, de muros fríos y revestidas a la moda. En este fervoroso deseo por crear modelos arquitectónicos, todos se han sometido al duro pero verdadero rey, la rentabilidad.

Con este proceso de análisis y recopilación, y como primera conclusión, ha llegado la lenta (cada vez más rápida) extinción de los «modelos» de antaño, firmes y permanentes, y en sustitución, unos excesivamente líquidos. La muerte de los hábitats de estos modelos antiguos ha caído con ellos; de esas “comunidades verdaderas” en que las actividades sostendrían y servirían a un modelo que las domesticara; como diría Bourdieu, hablando de la superioridad o la jerarquía de esos modelos: “(...) *la superioridad depende de la rigurosidad con la que las preferencias y las elecciones culturales se mantienen circunscritas dentro de un ámbito muy concreto (...)*” (Bauman, 2017, pág. 47), hoy agoniza ese “ámbito muy concreto” al que llamábamos «comunidad», pues ¿podrían certeramente encontrarlo en esta líquida «sociedad de individuos»? eso, sólo sin anotar que las “preferencias y las elecciones culturales” son igual de fluctuantes que el ámbito... ¿Qué esperanzas guardamos en un mundo que nutre un sistema así? ¿Qué futuro vislumbramos en una Tierra cada día más agotada y devastada? ¿En sociedades fortificadas y aisladas del prójimo? ¿En personas temerosas de aquel “otro”, ensimismadas, y que no introyectadas, pues incluso la soledad es otro enemigo, bien custodiado por la virtualidad? Esta es la llamada a una mirada atenta y cuidadosa, pues cualquier puente que pretendamos alzar será sobre arenas. Viremos nuestras acuciantes críticas hacia esta necesidad inminente por renovar las esperanzas de un mundo que las solicita acuciante.

INTIMIDADES Y ACOMPAÑAMIENTOS

La tipología de la «vivienda» puesta en juicio bajo el argumento de valores esenciales que han sido deteriorados u olvidados: la intimidad con el «hogar» y el acompañamiento de la «arquitectura».

B

La arquitectura es un ente que también navega en el río de los modelos o referencias para intentar solucionar el «problema de la identidad». Sin pasar a la crítica del estado de la arquitectura como modelo actual, que ya hemos advertido; requerimos descifrar sus propiedades, por lo menos aquellas que son el punto de partida para fundamentar el juicio. Este paso significa la primera renovación, pues se argumentarán y defenderán valores esenciales superados por los actuales. Son los mismos que el paso del tiempo y el asedio del consumismo han alienado. El título arroja un atisbo de estos acercamientos hacia el “deber ser” en arquitectura, y especialmente, en ese hogar que ansiamos.

En el capítulo pasado constantemente se insertó la requerida presencia de un “otro” superior a nosotros (superioridad permitida) capaz de servirnos de referencia para la formación de nuestra identidad. Le nombramos referencias o (la palabra más acertada, a mi parecer) «modelos». Como claramente concluimos con Bourdieu, la superioridad de estos depende de su capacidad para suceder continuamente en las elecciones personales y culturales de un grupo. En la medida en que mis tradiciones permanezcan, por ejemplo, un modelo podría sobrevivir el tiempo suficiente para servirnos él (y sólo él) en la formación de nuestra identidad. El problema, ya anunciado, es que la cualidad que más les caracteriza hoy en día es la de su fugacidad, por ello indefinidamente avanzamos para

tomar algún otro en el camino, y seguir en la corriente (aunque, como se revisó, también huimos de ellos, pues que algo permanezca se traduce como una señal de aburrimiento e, incluso, de falta de libertad). A pesar de la liquidez de los actuales habrá que sumarle el gravísimo problema de un sistema (un ente mucho mayor a los modelos) cuyo fin no pasa por premiar valores como la «firmeza» o la «permanencia». Con plena consciencia, la arquitectura, esencialmente, no es uno de los medios más aptos para representar la fugacidad.

Como el arte, la arquitectura es un medio de reconocimiento, entendiéndolo como un «acto de identificación con referencia a un “otro”» algo sumamente usual. Sin la santificación inscrita en el hecho artístico, la realidad física nos ofrece todo tipo de fenómenos en los que la comparación con la referencia está en juego, esas furtivas negociaciones que ocurren en todo momento. Cada actividad, conversación, esfuerzo o hecho está impregnado de un reconocimiento, pues continuamente esas intervenciones alteran lo que somos; esto lo dice Bauman claramente: la identidad como negociación a través de la interacción. Al reconocerme comprendo “lo que hubo”, que está en crisis, ante “lo que hay”, y, tomando una posición, tomo una elección. A veces esta implica negar todo lo que alguna vez hicimos, como (más de las veces) es una afirmación automática de ello. Esto me lleva a pensar por qué Bauman afirma el parecido (a pesar del deseo por la distinción) entre todos los miembros de nuestra sociedad de individuos, donde el reconocimiento ocurre incesante con la promesa de distinguirnos mediante el consumismo. Compramos productos que se venden como “diferentes” y “únicos”, pensando en que sus valores los adoptaremos mediante su consumo (reconocimiento) y, así nos sabremos igual; por supuesto que nos enfrentamos al sutil problema de que todos hagamos lo mismo, con modelos fluctuantes y con la premisa del consumir por sobre adoptar lo consumido. En fin, se trata de un dilema natural.

En el meollo del asunto, el reconocimiento en el arte o cualquier expresión cultural pareciera más sustancial que este proceso restringido a la efervescencia de la relación consumista. A diferencia del caso anterior, el arte, en esencia aspiraría a un reconocimiento profundo en el lector, con un montón de contenido arrojado desde su génesis, el esfuerzo por crearla y su lectura; profundidad entendida como firmeza, pues su intención es la de perdurar. Estos postulados los alzamos naturalmente morales, en comparación de los engendrados por el consumismo. La primera y más notoria diferencia habita en sus intenciones. Los productos del consumismo se mueven en aguas burbujeantes, pues sus intenciones pretenden a la fragilidad y fugacidad, cuya consecuencia serán burbujas en

el aire que, al tocarse, se esfuman. El consumismo sirve al capitalismo, y todo lo que se engendre, tendrá y se criará según la misma pauta: derroche y crecimiento de la riqueza. El “verdadero arte” no pretenderá subordinar sus intenciones solamente a una intención económica, pues no nació así; por el contrario, pretende que el lector (o lectores) encuentre sentido en el reconocimiento. El artista, entonces, se responsabiliza por ofrecerle un mensaje, lo cual conduce a la preocupación por el prójimo, una respuesta solidaria. El arte tiene un sentido moral tatuado, mientras que estos modelos consumistas sirven principalmente a la liquidez y al mercado. Esa demostración delata la incesante lucha de toda expresión cultural por mantenerse en ese afán, teniendo algunas victorias, pero siempre a la sombra del dominio capitalista. Y, aun así, el arte cada vez más se acerca (y muchas veces depende) de esta coyuntura líquida, lo que limita y condiciona su actuar, cambiando sus metas de permanencia y responsabilidad, por rentabilidad. La mirada hacia el pasado muestra esta naturaleza intrínseca del arte, desde siempre, alienada continuamente por las diversas épocas en las que se crea.

En cada negociación, indiferentemente de los bienes intervenidos, algo saldrá victorioso. Cualquier referencia que esté en juego intentará, desde su génesis, conquistar estas interacciones, pues eso significaría que sus intenciones tendrán más probabilidades de prevalecer en las identidades que les abren sus puertas. Si prevalecen, por lógica, se afirma que sus fines han sido alcanzados; y si, incluso, procrean hacia otras mentes, dominarán. Al fin y al cabo, son las intenciones de quien crea esas referencias las que guiarán sus alcances y carencias. La sociedad de individuos tiene tanto éxito por encontrar en el consumismo una referencia capaz de realizar este proceso indefinidamente, logrando que sus probabilidades de supervivencia solo vayan en aumento. El arte, por el contrario, agoniza, pues la solidaridad o la responsabilidad son de esos valores evitados a toda costa y señalados por los primeros como inútiles, o, cegados por el miedo al “otro”, como demasiado ingenuos. Independientemente de la postura del sistema ante cualquier cosa que no encaje en sus propósitos, identificar este proceso de reconocimiento nos permitirá alojar la arquitectura en este andar.

La arquitectura tiene un lugar bastante especial entre las artes. Para empezar y a diferencia de cualquier otro caso, ésta es «habitada». Y arrojamos esa palabra como una aproximación, con la resistencia de que una sola nunca podrá contener la incabable implicación de la arquitectura con el ser humano. A pesar de que algunas obras artísticas han pretendido manifestarse en los límites o fronteras, ninguna ha sido capaz de ser habitada y no ser arquitectura. Aun así, se trata de una controversia que no entra

B

en los propósitos de este trabajo. La arquitectura es sin duda un habitáculo, pues en la medida en que así lo es, el habitante la lee. Desde el inicio de los tiempos, y revítese toda clase de compendios y postulados teóricos, la arquitectura es según su capacidad de ser habitada, es decir, de presentarse como un intermedio superior entre mi ser y el universo. Cuando en la introducción se mencionó a Vittorio Gregotti para definir el reconocimiento del ser humano con el arte, también valdría la pena añadir que ese caso en particular era uno arquitectónico. Rememoremos como el ser humano colocó primero la piedra en el suelo, esperando reconocer su lugar en el universo desconocido para después modificarlo; y, preguntémosnos ¿en qué medida este suceder es arquitectónico? La razón más evidente es que ha servido de ese intermediario (sin considerar su escala). Si bien, ahora el arte rebate que toda obra artística ofrece lo mismo, que sin duda lo hará, pero en el detalle, podremos anunciar algo distinto. La arquitectura se define, según este primer ejemplo, en la identificación de un lugar (adquiriendo dimensiones espacio temporales, no por ello precisas). Colocar la piedra sobre la tierra no sólo tiene un impacto sobre ese punto, sino que sus efectos se trasladan según las intenciones de la persona (o personas) que la colocaron, pues ellas acudirán constantemente a su referencia, no sólo dimensional, también lo hará como símbolo, la usarán para sus propósitos, y les servirá de origen para todos sus pensamientos. No por nada Gottfried Semper la definía de la siguiente manera: “(...) *no agrupaba la arquitectura con la pintura y la escultura como arte plástico, sino con la danza y la música como arte cósmico, como un arte ontológico creador de mundos, más que como una forma representativa.*” (Frampton, 2020, pág. 23) En esos detalles, la arquitectura se vuelve un contenedor gigante y potente.

A diferencia de otras búsquedas artísticas, como la danza o la música, la arquitectura se solucionará mediante técnicas constructivas. La danza y la música culminan en un evento, donde todo su esfuerzo se desboca; su fuerza ontológica se unifica en la presentación final, vivida en el proceso por los bailarines o intérpretes que la practican durante todos sus ensayos. La arquitectura es sumamente privilegiada, pues el evento en el que sus esfuerzos de diseño y construcción desembocan es en un edificio cuya lectura sucederá posiblemente en el pasar de los siglos (aunque seamos reticentes a que ese tiempo disminuya cada vez más), y que, mientras más se “habita” más virtudes arrojaría. La arquitectura es construida, pero su significado se oculta, nunca es evidente sino una eterna puerta abierta, un hilo misterioso del que siempre jalar. Si Semper habla de la arquitectura “creadora de mundos” lo hace porque es un medio dotado de la infinitud creadora, donde el diálogo con lo universal ocurre sin parar. No por nada la codiciamos como un aparato de poder, pues quien pueda construirla ha creado una dimensión, sino



13-14-15 (arriba hacia abajo). **De autoría propia.** La vivienda, en todas sus formas y especialmente cuando se autoconstruye, es el paradigma de la intimidad y el acompañamiento, como el caso de las tres casa que se muestran en la comunidad de Calderones, del municipio de Guanajuato, Gto.

es que muchas de ellas, dotándole al que la habita la oportunidad de usarla para enfrentarse al vacío universal ¿y qué mayor enemigo que ese?

El arte y la arquitectura son intermediarios, mediadores y comerciantes de sentido, esos medios que diseñamos participantes del mercado universal. Les dimos un día el poder de reconocernos en ellos y desde entonces su propósito es servir fielmente a ese fin. La fugacidad, en este caso, es una de las consecuencias constreñidas a esta época que, con cada cambio y advenimiento, se domesticarán con una nueva cara. Las artes portarán siempre la bandera de la responsabilidad moral, con el objetivo de entregarnos la oportunidad de un mensaje único, donde veremos nuestro reflejo, y vislumbraremos un futuro. El gran dilema para la sociedad de individuos es que el mismo mensaje se entrega a través de entes fugaces y endeble, que deberán ser adquiridos incesantemente para mantenernos a flote en la búsqueda. El arte confía en una propuesta firme y que aspira acompañar fielmente, y ese simple hecho les separa de sus semejantes líquidos, pues al menos la confianza que emana de una relación así aspira a una vida más elongada.

La arquitectura a la que se refiere Semper y la imagen que anuncia Gregotti son fundamentales para las necesidades de este manifiesto, pues ambas explican conjuntamente el principio y actuar de ella. Piense que en algún departamento de una gran ciudad un hombre estará sentado frente a su escritorio, con alguna luz taciturna de una tímida luminaria mientras un atardecer inunda su ventana; tal vez, al mismo tiempo, una niña corre a través de los caminos lodosos de un barrio africano semisumergido en agua (¿y carencias?) buscando a su amigo escondido entre las laberínticas ciudades autoconstruidas de las capitales del continente; o, tal vez, una mujer se encuentre apresurada por terminar las compras para atravesar una docena de avenidas y llegar a tiempo para recoger a sus hijos; o, por qué no, algún par de hermanos estarán compartiendo un escritorio en una habitación disfrutando de su cercanía concentrada en una luminaria que los separa mientras terminan sus deberes; cualquier imagen, revisemos minuciosamente, germinará la presencia de una arquitectura, una que acompaña pacientemente para disponer el regalo prometido, una oportunidad dejar huellas, crear recuerdos y, por lo tanto, sentido. Los mundos que ella crea superan tantas veces su realidad física; habitar un edificio es estar en una conversación sinfín con el cuerpo, la psique, las emociones, los pensamientos, el trabajo, el ocio, el juego, la imaginación, el espíritu, en fin, con la identidad entera. Como aquella bailarina experimenta la realidad a través del movimiento y el ritmo, nosotros, los bailarines arquitectónicos, la descifraremos pacientemente en su

experiencia, atando segundo a segundo un nuevo inicio, como aquella primera piedra que plantamos al centro de un frondoso bosque.

Dicho esto, caemos en las fauces de un término ampliamente repetido: la permanencia. Si tanto se ha hecho crítica y énfasis en la inestabilidad de los modelos líquidos, es con la decidida intención de marcar esta diferencia. El modelo consumista ha invertido sus esfuerzos en que los modelos creen en su favor, con la severa intención de servir fundamentalmente al mercado. En cuanto a la arquitectura, los logros por usarla proliferan. Los suburbios que se construyen en cuestión de días, en calles anchas dedicadas al automóvil, para compradores exclusivos con cartera ancha. La crítica no pretende menospreciarlos, pues su práctica ha permitido a un sinnúmero de personas en hogares precarios a tener un patrimonio, con la premisa de la producción en masa; sin embargo, dar por sentado la intención económica de los directores de aquellos proyectos sería un error. No es noticia de poca monta que en su eslogan incluyan siempre las palabras “seguridad” o “exclusividad”, pues más que arquitectura venden simulaciones. Revisando minuciosamente sus condiciones hallaremos comunidades falsas y amuralladas, no sólo de los barrios circundantes sino de sus propios vecinos, pues sólo coinciden con ellos alguna vez en la mirada lejana. Las rutinas de sus habitantes transcurren en la privacidad y no hay nada que los una con sus vecinos fuera de estar en un territorio común. Esas comunidades dormitorio representan más la fugacidad de la liquidez, pues es cuna de recuerdos de lejanía, resquemor, temor y consumo; separándole de la promesa de la «permanencia». La permanencia entendida como todo “algo” con la capacidad de durar y estar continuamente; salvaguardando la condición de estático, pues ya hemos evidenciado que la arquitectura permanente ata un sinfín de conexiones con los seres humanos que la habitan, midiéndose en la medida en que sus intenciones se mantienen y dirigen en torno a esa moralidad construida.

En esta discusión, los modelos fugaces fallan instantáneamente, pues dependen de que se consuma, no de que sus productos permanezcan. Estos modelos no se sostienen pues su lema precisa no responsabilidad ni solidaridad, sino consumo como una de las únicas oportunidades de relacionarnos. A pesar de que la estructura de la arquitectura líquida permanezca en el tiempo, su poética se verá constreñida y fugaz, siempre insuficiente para no sólo servir un fin moral, sino para serle útil. Al final, su lectura se parecería más a los no lugares de la tesis de Marc Augé, anulando toda presencia de nuestra huella, pareciendo sus lecturas más a miradas borrosas, siempre lejanas y repelidas por el cuerpo, y cito: “(...) *espacios donde ni la identidad ni la relación ni la historia tienen*

verdadero sentido, donde la soledad se experimenta como exceso o vaciamiento de la individualidad, donde sólo el movimiento de las imágenes deja entrever borrosamente por momentos, a aquel que las mira desaparecer, la hipótesis de un pasado y la posibilidad de un porvenir.” (Augé, 2000, pág. 92). Si esos espacios pretendieran habilitar redes comunitarias, y por lo tanto solidarias y responsables, por encima de redes de consumo, la historia sería sumamente distinta. Los rastros de las personas no ocurren en esos lugares, quedando casas vacías, atiborradas de productos líquidos, higiénicas y blancas. Casas visualmente atractivas vendidas en medios virtuales para su exaltación, crítica incesante de teóricos de la talla de Juhani Pallasmaa. La arquitectura permanente no es una cuya materialidad sobreviva al paso del tiempo (pues más de las veces veremos casos efímeros en duración, pero no por ello sin la permanencia, como los pabellones); la permanencia, como el ejemplo anterior aclara, se refiere explícitamente a facilitar esas huellas y rastros en beneficio de la solidaridad, lo que sólo ocurre en la medida en que se sepa moralmente responsable de sus lectores, es decir, que sea consciente de las actividades necesarias para su bienestar individual y colectivo. La huella es memoria construida, una y otra vez. Criticar falazmente los procesos de autoconstrucción debería ser un sacrilegio para todo arquitecto con la más mínima aspiración de ser virtuoso en su práctica, pues en esas situaciones es donde el ser humano, como aquella primera piedra, conecta más íntimamente con su habitáculo, en el esfuerzo por consolidarla. La huella se impregna en cada nuevo tabique, cada vertido de concreto, cada limpieza del terreno o cada conversación con el albañil. Paso a paso van ocultando el misterio entre sus muros, esperando que en el tiempo la leamos y les descubramos. No hay caso tan paradigmático como la autoconstrucción, para ejemplificar el sentido de permanencia en arquitectura. En fin, es a través de esta cualidad como el edificio, y la casa en especial, encontrarán una posibilidad de triunfo, para dirigir a sus habitantes a la ansiada esperanza de servirles de un modelo responsable y solidario.

Ya aludimos a la condición creadora en arquitectura, una clara referencia a su rol de acompañante y guardián. Seguido, y como se mencionó en la introducción, la «vivienda» es el paradigma tipológico del que nos servimos para discutir la indispensabilidad del modelo arquitectónico en tiempos líquidos. Pensar en la «vivienda» nos dirigirá a otro algo necesario: la «intimidad». Seleccionar una tipología no es un acto de azar. Cada cual ofrecerá situaciones completamente distintas, sin ello significar que se alejen de esa esencia de la disciplina. La «vivienda», «casa» u «hogar» son parte de una leyenda tan antigua como la arquitectura misma, quizá su génesis. La primera arquitectura, esas cabañas antiquísimas, las cuevas, o hasta aquella gran roca, son fundamentalmente esta

figura. Dentro de los modelos tipológicos de la arquitectura tienen un lugar sumamente especial, incluso más que el santuario o la tumba. Su sacralidad reside en su condición íntima con el ser humano, y todo lo que de esa relación emana. Somos íntimos con todo lo que aceptamos, guardando con ellos nuestra autenticidad y vulnerabilidad. A palabras simples, es una relación de amistad, recíproca y fiel. Atribuir esa propiedad a la vivienda no está lejos de ser cierto, pues como en los casos mencionados la intimidad es clave para su compenetración con el ser humano a través de su “habitación”. Si la casa no pudiese interactuar con nosotros de la misma manera que lo hacemos con un ser querido su efecto sería nulo. Se parecería más a un dormitorio de una sola función, sin la intención de servir más que para su uso práctico. La intimidad es la culpable de la importancia de la casa en la historia humana, que sin ella sería un ente vacío e insignificante. Una vez más, sirviéndonos del caso de las “comunidades” simuladas y amuralladas, la carencia de la vivienda actual es evidente en términos de intimidad. Son espacios que sirven más a la mirada concentrada de la fotografía que a la experiencia fenoménica, con poco contenido poético capaz de dirigir el bienestar humano. La lejanía es una característica de estos lugares, no la cercanía, condición implícita de la intimidad. Llamarles hogares sería una falacia, una fantasía por elección. Toda arquitectura debería aspirar a una relación íntima con el lector (en realidad toda obra artística lo desea hacer), sin embargo, la casa en particular tiene el privilegio de hacerlo continuamente, en la perpetuidad de su existencia. La autoconstrucción misma es un paradigma de la más íntima relación con su habitante, desde su origen material hasta su habitar poético. La casa, más que cualquier otra tipología, posee el regalo de una intensa y elongada interacción con el ser humano. Esa es la intimidad del hogar, la incesante interacción con lo que es, lo que dice, lo que nombra, lo que hace y lo que facilita. El misterio de la casa es el más antiguo y longevo, y, quizá, el más íntimo acompañante.

Cuando Hannah Arendt escribía sobre los tiempos de oscuridad, anotó una situación de la que nos servimos: ahora el ser humano sólo se muestra auténtico en lo íntimo y privado. Si el mercado puede concentrar sus fuerzas para penetrar esa esfera y hacerse funcionar a través del consumismo ¿por qué el hogar no podría hacerlo? Los modelos líquidos son dedicados estudiosos y expertos de esa condición íntima, pues por ahí el ser humano escucha a sus amistades (por más falsas o endeblas que sean) y las atiende. Comprar significa adquirir los valores del producto, uno líquido, pero previamente decidirse al consumo está motivado por una condición de vulnerabilidad, que la publicidad del producto astutamente toca. Si el hogar íntimo ya existe y más de las veces aún guarda la posibilidad y el recuerdo de la permanencia ¿por qué no podría hacerlo un día



más? Sabemos que la sociedad de individuos es un sistema del que no podemos escapar, y como lo vemos día a día, sus efectos brotan hasta el final de los caminos. La arquitectura se aleja de nosotros mientras agonizamos en hogares que no cobijan mis emociones y que evitan algún intento por relacionarme con algún otro. La crisis está frente a nosotros, e ignorarla significará sólo agonía. La llamada deberá renovar al «hogar» en el marco de estas intenciones. La «arquitectura de la rebeldía» se alza con esta vieja bandera, la más antigua documentada, desperdigada entre la sabiduría popular. La renovación va por esa moralidad, por esa intimidad perdida, por la responsabilidad y solidaridad, por la promesa de encontrar en la permanencia de la arquitectura el modelo capaz de servir a todos estos fines para cimentar un puente hacia un porvenir sostenible.

16. *De autoría propia.* Vivienda en la comunidad de Calderones, del municipio de Guanajuato, Gto.

LAZOS ROTOS

La identidad en la «Vida Líquida» ha deteriorado las relaciones humanas, tendiendo demasiado al individualismo y al consumismo, dejando detrás el daño a las relaciones comunitarias o, incluso, con uno mismo.

La vida es un relato sobre la identidad. La propuesta de Bauman en *Vida Líquida* se concentra en ese hecho, pues asigna a la identidad el rol de tarea interminable que, a causa de que somos individuos de iure, es un relato fluctuante, contrariado, atareado y confuso. Podríamos intentar contar todas las negociaciones que en un día sufrimos para sea mantener o conseguir alguna identidad, fallando cuando la cantidad aumenta logarítmicamente día con día. Aunque lo menos esperanzador es que la mayoría de los eventos en ese relato tienen como triunfador valores tan fugaces, que pudiera todo resultar ilegible. Una historia con personajes breves que viven y mueren por conveniencia individual es una propuesta llamativa para un lector ajeno, pero para aquellos inmersos en el mismo andar, significaría una cuna de tristeza y desesperanza. Individual y colectivamente sufrimos de los males de este mundo. Los de arriba son auténticos escapistas que pretenden volar tan libres cual aves, pero apenas podrán dar pequeños saltos hasta que su cuerpo venza (que eventualmente lo hará). Los de en medio están en el limbo entre esas aves que desean ser, o la delicada línea que, si no se concentran en alejar los llevará a los lugares de la infraclase (que los de arriba y nosotros mismos tememos). Y aquellos más abajo, esa infraclase desearía poder siquiera conocer algunos de los frutos que el resto tenemos, pues su único presente es el dolor y el abandono. Eso generalizándolo, pues en realidad la vida ocurre como diásporas de muchos matices, según donde se encuentre.

La crítica hacia el sistema que rige debe existir, como si este cambiase o no. Alzar la voz es una tarea que convoca más al equilibrio que a la destrucción. En este sentido coincidir con la crítica de Bauman es inevitable. Sin lugar a duda proponer el concepto de liquidez tiene la intención de usar una figura que pueda explicar las condiciones en que vivimos y detallarlas, para observarlas con toda la evidencia posible. El sistema de la sociedad de individuos es tan poderoso porque representó la culminación de los deseos de nuestros antepasados, por materializar la visión hacia un mundo libre donde la bonanza económica y las posibilidades se repartieran por todos los territorios. Ampliamente lo ha logrado más que en ninguna otra etapa de la historia, pero también ha aprovechado el consumo indiscriminado para los fines de la producción de la riqueza y, entonces, se ha perdido en el camino. La libertad que nos permite escribir estas palabras no la disfruta el planeta entero. En ese esquema previo, estamos colocados entre los individuos que pueden mirar a la individualidad como una forma de identidad, eligiendo aparente y continuamente.

El sistema ha fallado pues las esperanzas de ese pasado no han sido redimidas, sino que agudamente han empeorado, pues sólo conocemos una mirada lejana de las bajezas y obscenidades que una parte de nuestra sociedad sufre para nuestra estabilidad, la económica al menos. Peor aún, practicamos en la búsqueda de la individualidad actos que lo único que hacen es agravar la situación nuestra y de esa infraclass. Consumimos para alejarnos de nosotros mismos, del vecino que le tememos, o del gobernante que odiamos, si acaso interactuamos cuando la conveniencia se presenta eligiendo a algunos seres queridos o adscribiéndonos a grupos donde aparentemente se practican valores que codiciamos, siendo que detrás de esa fachada, el origen de ellos es la rentabilidad más que otra cosa; en tantas ocasiones sólo nos une la burbujeante relación de una compra y una venta. Eso sólo exige recursos y más compras pues la premisa es siempre distinguirnos con la novedad. Que tristeza que el derroche destruya los campos, produzca sólo para desechar en materia de segundos y aniquile la oportunidad de aquellos por debajo de salir adelante de su propio relato.

Por si fuera poco, la fugacidad de las elecciones llena a los seres humanos de preocupaciones, a la vez que afecta al equilibrio de un planeta enfermo (y lleva tiempo así). Al final, premiar al movimiento y la velocidad fue útil durante mucho tiempo para permitirnos aterrizar en el presente, pero nos ha dejado heridos y temerosos de nosotros mismos y del resto con un sistema que ataca a cualquier buena intención de cultivar la animosidad comunitaria, la única que pudiera servirnos como promesa. El problema es una larga

cadena que inicia en la paradoja individualista y se fermenta en el consumismo. A partir de ahí, los males se multiplican a muchas esferas de la vida. Estamos sufriendo las consecuencias de un sistema que está decayendo y dejando el rastro de un planeta consumido. Es una verdad que la Tierra tiene sus recursos contados, Bauman continuamente hace referencia a Jeremy Seabrook quien describe el problema de aumentar la calidad de vida mundial con la pauta de los países primermundistas, una proposición insostenible para un planeta de recursos finitos. Hubo una época en que la sociedad de individuos alzaba una oportunidad nunca vista, una de libertad y de progreso para todos. Hace siglos que Marx anunciaba la iniquidad moral del capital y las consecuencias del derroche, y ahora sólo vemos las desigualdades y crueldades que provoca. Si la humanidad quiere sobrevivir, no sólo al desastre ecológico, sino a la crisis social y política que ya vivimos, ha de buscar nuevas soluciones que puedan redimir las esperanzas del pasado y, como diría Bauman, establecer los cimientos de los puentes al futuro.

Han florecido esperanzas e innumerables movimientos que quieren proponer soluciones. Los movimientos sociales son más comunes y fervientes día con día, representando la bandera que pretende unir esa esperanza. Refirámonos sólo a los que su génesis sea uno por la restitución de los lazos de solidaridad perdidos; a los que hablan sobre la responsabilidad con el prójimo; a los que gritan por nuestros derechos y también por las obligaciones; a los que eligen cuidar a aquellos por debajo y construirles los cimientos para su progreso; todos los que hablen de una moralidad planetaria, libre y segura. Este último antagonismo, tan frágil como dice Bauman, debería ser el motivo de nuestras luchas: solucionar el equilibrio entre los polos de una identidad individual excesivamente libre (rozando el libertinaje) o una colectiva que nos ahoga en el tedio de su seguridad. La arquitectura soluciona y sirve a la vida, a la humana con mayor ahínco ¿por qué no la volvemos a su cometido original y la usamos para abrir una vez más la puerta de la solidaridad? La arquitectura es un manifiesto político sumamente codiciado, y ello es una verdad tan antigua como la disciplina, no hace falta más que hacer evidentes el rol de los centros comerciales o los fraccionamientos cerrados para favor de la sociedad de individuos. Si estas simples y firmes aseveraciones no fueran ciertas, la arquitectura no sería el motivo de nuestros delirios, y, porque no, de renovadores intentos.

La fugacidad de los modelos que ofrece el consumismo es un problema tan complejo como el que nos presenta la sociedad de individuos. Los productos que se nos ofrecen han adquirido tal habilidad para relacionarse con nosotros que el apego a ellos ha invadido hogares y, con más fuerza, mentes. La arquitectura creadora de mundos



17. *De autoría propia.* La calle se concentra en resolver el problema al automóvil. Se da por obvio que el ser humano no realizará actividad alguna en el espacio público por la falta de invitación para que así suceda.

o la casa íntima son figuras que han sido alienados en beneficio del consumismo, sustituidos por modelos más eficientes. El que Bourdieu dijera que los modelos pudieran mantener su superioridad mediante la práctica continúa en las elecciones personales y culturales, no es poca cosa. A diario comprobamos que la arquitectura habilita y facilita actividades que perpetúan ciertos modelos, como los mencionados centros comerciales fraccionamientos cerrados, eso por decir algunos ejemplos, pues en realidad hay tantos como la imaginación permita. Revisemos la presencia de las “comunidades” virtuales en las que nos reconfortamos. La elección ocurre en ellas en beneficio de esa identidad individualista, pues no las selecciono si no me fueran convenientes. La fragilidad es una de las cualidades más importantes en ellas, pues tan pronto algo falle o encuentre una novedad, la dejaré, sin resquemor ni cuidado ¿qué confianza o solidaridad podría haber en una relación sin la confianza de la solidaridad? ¿cuánta intimidad cuando la pantalla no aspira ni puede facilitar ninguna cercanía? El excesivo interés por resolver la individualidad por nuestra cuenta (como así lo exige, aparentemente) sólo nos aleja del resto de la sociedad y del mundo, cultivando esos temores que anuncia Bauman y Arendt y permitiendo que las comunidades, como los únicos lugares donde podemos habilitar las redes de confianza, vivan más de la exclusividad de los amigos que permitimos entrar,

y, que tan pronto fallen les alejaremos sin la preocupación del bienestar por el otro. La lejanía es una firme práctica consumista y es un hecho que la mayoría de los modelos se asientan en esa verdad, pues aquello con lo que empatizamos permanece y se ata a nosotros, y eso es un peligro para el consumo.

El síntoma de lo público como un entorno extraño y peligroso es una condición que existe y persiste, en gran parte gracias a la fertilidad de la lejanía. La presencia de lo político en la vida personal y colectiva es una nube breve y gaseosa a la vez que misteriosa y tenebrosa. Arendt asevera cuan oxidadas las ciudades se han vuelto en su propuesta sobre los Tiempos de Oscuridad. Cuando en la historia de la humanidad se han construido cúmulos urbanos para asociarse entre los miembros y protegerse ante la inclemencia de la naturaleza, ahora el proceso parece inverso, como dice Bauman: *“La guerra contra la inseguridad, los peligros y los riesgos, se libra ahora en el interior de la ciudad y es dentro de ella donde se definen campos de batalla y se trazan las líneas del frente. (...) habitantes urbanos, adictos a la seguridad.”* (Bauman, 2017, pág. 99). La crisis de lo público es la misma que la del colectivo, ya no existen los lazos tradicionales motivados por la celebración, el trabajo conjunto o la interacción. La ciudad es hoy un espacio de extraños. *“Los extraños entrañan riesgo”*, diría Bauman, y parece que todo lo público entraña ese hedor, cuando en antaño era la cima de la iluminación y oportunidad inesperadas o ese valle fértil en el que sumergirse al núcleo social. Arendt contundentemente concluye el devenir de lo público de la siguiente manera: *“El ámbito público ha perdido el poder de iluminación que formaba parte de su naturaleza original. (...) con cada uno de esos abandonos se le inflige al mundo una pérdida casi demostrable: lo que se pierde es el compromiso específico y, habitualmente, irremplazable que debería haberse formado entre el individuo y sus prójimos.”* (Arendt, 1990, pág. viii). La demostración moral del espacio público ha desaparecido, sustituida por redes de consumo tan efímeras como sus propósitos.

Generaciones previas, para quienes el virus consumista no ha tenido un efecto fehaciente, señalan y critican el olvido de las tradiciones y la adicción interminable a los bienes tecnológicos de sus herederos (aunque es en realidad el deseo andar en esta carrera identitaria, avanzando a partir de las comunidades virtuales o las facilidades que sólo esos medios permiten). Estos lazos que esa generación añora son los mismos que Arendt le atribuía previamente al espacio público. Hoy no quedan rastros de esa iluminación responsable, sino solo un desierto definido por la arquitectura de nuestras ciudades, donde es preferible transportarse por la vía segura (y lejana) del automóvil que la jungla

B

del transporte público; donde sólo los valientes decididamente viajan por esas plazas y parques abandonados, lugares de una inseguridad penetrante. Claro está que los frentes que menciona Bauman son convenientemente definidos por los beneficiados, para quienes todo lo obtenido tiene que ser protegido por esos muros de sus comunidades simuladas, donde sólo los seleccionados podrán vivir, mientras que el resto se situará fuera, alejados de sus conciencias.

El interés por la figura del lazo solidario parece perdido por culpa de una sociedad despojada de toda responsabilidad moral, demasiado concentrada en mantener y aumentar el poder consumista y ahogadas en productos breves y fluctuantes. La relación con el hogar, más que íntima, es borrosa y sustituida por la luz cegadora de las pantallas virtuales (y el consumo como titiritero). Ya ni siquiera la introspección es una solución, pues mirar en un vacío como el de la existencia es un problema que ávidamente buscamos olvidar comprando. Así sucesivamente hallaremos lazos que la arquitectura facilitaba entre sus muros y que han sufrido deterioro, anidando preocupaciones, miedos y ese asedio continuo al que alude Bauman. Sufrimos la irremediable presión de correr y correr para no quedarnos atrás e intentar mantenernos al margen del impulso, y si es posible, magnificándolo. La sed que provoca consumir es inagotable cuando el líquido que la satisface es tan tenue, tan pronto la sostenga en mis manos ya se ha ido. Este cúmulo de asedios disgrega ese bienestar que anhelamos, uno no sólo individual, sino colectivo. El bienestar no como plana satisfacción, sino como la producción de responsabilidad moral por nuestra situación y el del resto. El bienestar es el lazo cultivado en las redes comunitarias, en las actividades donde la intimidad y la permanencia son partícipes. Tanto más pueda dejar huella o cobijarme en mi hogar, sembrando las semillas de la solidaridad, el bienestar sucede. Si no preguntémosnos cuántos productos consumimos con el susurro de esa “buena intención” o el “aura de una responsabilidad por el prójimo”. Deberíamos dirigir nuestras dudas a la fugacidad de esas sensaciones líquidas, pues no hay ninguna red que la perpetúe más que la compra incesante ¿qué tanto bienestar provocaría y recibiría, si ese consumo no es más que derroche? El bienestar permanece. Como todo modelo, la intimidad y la permanencia, agricultores del bienestar requieren de la práctica, de la elección y la «arquitectura de la rebeldía» aboga por los medios para que ocurran a través de las actividades que ya se realizan en su cobijo pero que requieren redirigirse a la redención de una vieja esperanza.



18. De autoría propia. Más allá de que un edificio en realidad sea el origen de un bienestar social, se mantiene sólo un cascarón sin interés en él.

LOS FINES DE LA INTIMIDAD

Restaurar los lazos que antes nos enriquecían, los de la comunidad son el primer paso hacia una «arquitectura de la rebeldía». La arquitectura desde siempre ha facilitado sus medios para mantener un modelo, y restaurar estos lazos le guiará al bienestar.



Las aproximaciones arquitectónicas próximas se deben hacer con la reflexión extendida por el finlandés Juhani Pallasmaa en mano. Su propuesta crítica a la arquitectura, pues nos educan con una lectura perceptiva carente y superficial que el habitante hace de ella, primando más de las veces la mirada lejana y enfocada por sobre la percepción corporal entera. Él argumenta que la arquitectura actual ha olvidado lo háptico del cuerpo y se ha vuelto hacia el ocularcentrismo (a la veneración de la mirada concentrada), un síntoma que podemos asociar inicialmente con el consumismo. La fotografía arquitectónica, por ejemplo, es una víctima en este conflicto pues aísla el “habitar” a un producto bidimensional, virtual, confeccionado y adaptado a las conveniencias de una pantalla. Está práctica, fuera de beneficiarla al darla a conocer, la perjudica al banalizar la experiencia arquitectónica, lo que condiciona la relación entre habitante y edificio, exaltando demasiado la experiencia superficial. La tendencia por cuidar la mirada fotográfica, como es el caso, que por atender otras formas sensitivas tan preciadas como esta, como la mirada periférica o el tacto mismo, conducen y coinciden con los intereses de un modelo fugaz y apto para ser consumido. Es mucho más sencillo renovar y plasmar en la fotografía la más novedosa tendencia, que es fácil de actualizar y se vende y compra con rapidez. Cuando esas “bondades espaciales” sean hoy el uso del color en los muros, el día de mañana serán la renovación de fachadas con elementos geométricos, y así suce-

sivamente. Con el tiempo se incentivará más la relación de consumo, es decir, comprar la nueva moda y adoptarlo, por sobre el bienestar que tanto anhelamos sembrar. Pallasmaa dice: *“El dominio del ojo y la eliminación del resto de sentidos tiende a empujarnos hacia el distanciamiento, el aislamiento y la exterioridad.”* (Pallasmaa, 2006, pág. 22) y que al fin y al cabo premiarán y magnificarán las desigualdades y lejanías, las que no mencionamos pero que engañosamente consumimos. Aún así, esas viviendas se transforman, visten y disfrazan según la moda, y evidentemente seguimos habitándolas, este problema no nos exime de esa relación. Pero, sin lugar a duda, si continuamos alimentando el consumismo, se nos aleja de las posibilidades de una relación verdaderamente íntima, no precisamente con la casa, pues seguirá siendo testigo, sino con ese bienestar que es el propósito primordial. La reflexión pallasmaniana no es novedosa, pero su relevancia está promoverla en la época más necesitada. La «arquitectura de la rebeldía» parte de las palabras de Pallasmaa, entendiendo que un hogar que no le hable al cuerpo entero no podrá habilitar ninguna práctica en beneficio del bienestar.

Concluyendo su lectura, Pallasmaa, esencialmente, encaja con las intenciones de cualquier arquitectura que defienda la cercanía, la intimidad o la huella. No tendremos que leer muchos de sus escritos para darnos cuenta de la importancia que le otorga a la presencia humana en la arquitectura. La sensibilidad la trabaja a través de la perspectiva de lo háptico, entendiendo que la piel cubre entero al ser humano y los sentidos son especializaciones de esta. En el afán de su análisis, el tacto se vuelve el principal promotor de la cercanía y la intimidad: *“Queda claro que sólo el sentido de la vista, que se distancia y separa, posibilita una postura nihilista; es imposible pensar, por ejemplo, en un sentido nihilista del tacto, dada la inevitable cercanía, intimidad, veracidad e identificación que conlleva.”* (Pallasmaa, 2006, pág. 29). En la misma línea crítica hace lo propio con la visión periférica, elevándola en importancia sobre la mirada enfocada: *“La visión periférica nos integra en el espacio, mientras que la visión enfocada nos expulsa de él convirtiéndonos en meros espectadores.”* (Pallasmaa, 2006, pág. 15). Conjuntamente forman la génesis de la propuesta del finlandés, y sin duda alteran el paradigma arquitectónico actual, excesivamente fanático del ocularcentrismo. Una arquitectura inconsciente de esta situación no se verá capacitada de ser cuna del anhelado progreso por un bienestar humano. Los arquitectos deberán experimentar sin duda con los procesos que les faciliten explorar esta percepción, una práctica de milenios pero que por las bondades traídas por este exacerbado consumo hemos alienado. Los medios para alcanzar la intimidad deseada sólo pueden sembrados con la mirada renovadora de Pallasmaa.

La intimidad es un concepto al que hemos referido con anterioridad y con suma insistencia. Ahora, en el capítulo que habla de los medios para alcanzarlo es requerido explicar sus especificidades. Retomando la definición, la intimidad se materializa en una relación de fidelidad y de autenticidad, en otras palabras, en una de confianza mutua. Las palabras de Bachelard en *Poética del Espacio* son el axioma fundamental de este capítulo: *“Ninguna intimidad auténtica rechaza. Todos los espacios de intimidad se designan por una atracción. Repitamos una vez más que su estar es bienestar.”* (Bachelard, 2000, pág. 34). Pues más allá del acompañamiento que un hogar pueda ofrecer a un ser humano, sólo uno cuyas intenciones sean las de facilitar el bienestar podrá considerarse verdaderamente íntimo, pues el resto se tratarán de simulaciones que vagamente nos permiten reconocernos, colocándonos como habitantes vacíos. La intimidad es para la arquitectura de la rebeldía como el material al artesano. La intimidad es un propósito práctico para el habitante. Sólo por medio de la intimidad, la «arquitectura de la rebeldía» puede proponer una relación que fortalezca y renueve las lejanías y fragilidades que la sociedad de individuos ampliamente incentiva. La misma relación encaja fácilmente con la lectura de Pallasmaa, por ello su relevancia. Exaltar este contenido táctil o el uso de la visión periférica no por un mero placer estético, pues la arquitectura, más que eso es un ejercicio práctico y continuo. Cuando dentro de ella intervienen estas cualidades dentro de las actividades que el ser humano practica dentro del hogar, por sí sola se acerca a él. En este entendimiento, la intimidad es un paso primordial de la comunicación entre hogar y habitante.

Ahora bien, los fines de la intimidad sirven al decidido interés por renovar la arquitectura, guiándola hacia el bienestar. El capítulo previo anotaba este concepto como fin esperanzador desde donde partir y al que buscar, y así lo es, pues afirmarlo significa la redención de intenciones pasadas: una sociedad donde la solidaridad sucede, ahora en la escala planetaria; así como un individuo que no requiere de la práctica incesante del consumir, formando su identidad en las actividades públicas y privadas, con la responsabilidad y la solidaridad interviniendo. El bienestar no es únicamente individual, sino colectivo, y sus consecuencias se afectan mutuamente. Separar lo primero de lo segundo sería contraproducente ya que ninguno sobrevive por sí solo. El individuo es parte de la masa social, mientras que la ulterior es una agrupación de los primeros: su servicio es recíproco. En el entendimiento de la «arquitectura de la rebeldía» la intimidad sucede en estas redes. Entre individuos se crearán intimidades con el hogar promoviendo las actividades donde estas conexiones seguirán y se mantendrán; la misma intención tiene Nan Ellin cuando se refiere al *Urbanismo Integral*: *“(…) un enfoque que haga especial*

hincapié en «la conexión, la comunicación y la celebración». (Bauman, 2017, pág. 106). La intimidad es la presencia de una conexión, comunicación o celebración en el interés primario del bienestar. Tanto más pueda el hogar facilitar los medios para que la intimidad madure en las relaciones que promueve, la práctica social comenzará a alterarse. Véanse ejemplos reales llevados a cabo en el mismo marco. Han florecido casos de plazas públicas cuya remodelación exalta esta celebración de la empatía de la que habla Ellin, o el afortunado encuentro casual, los hechos de la cultura regente o despertar esa sensibilidad y atracción por lo natural. Al final, la intimidad es ya una intención fundamentada y probada; la misma que debe incesantemente integrarse al diseño del hogar, así como en las políticas gubernamentales que cobijan a la producción de vivienda en masa. Los fines de la intimidad son un principio.

Las relaciones humanas son el cobijo de nuestros sueños. Sea el oyente uno mismo o un grupo imaginario de personas, al final, es a través de la fidelidad de la relación íntima con otro ser humano, o la empatía con un grupo social como podremos subsistir ante las crisis. La intimidad es una relación exclusiva de la amistad, y si hay un modelo con la capacidad demostrada de servir de cimiento a la práctica de ésta no únicamente entre individuos sino en el núcleo del grupo social, es la arquitectura. No es una verdad innovadora atribuir y nombrar esta habilidad (las demostraciones dadas ya abundan), pero como las palabras de Pallasmaa, en medio de la conmoción reciente y arrastrados por la corriente del individualismo, requerimos de la intimidad como una salvación que equilibre la balanza en favor de una comunidad planetaria.

Mientras ahora se habla de la intimidad como relación, es tarea de los capítulos que le suceden relatar las variadas formas y contenidos que puede haber en ella y que promuevan las intenciones de la «arquitectura de la rebeldía». En el caso próximo es más que pertinente comenzar con la escala espiritual y trascendental, no sólo del ser humano, sino del hogar con su territorio, una de las apuestas poéticas más importantes de la «arquitectura de la rebeldía».



19. De autoría propia. La intimidad es un fin que restaura la empatía y la solidaridad en relaciones deterioradas como la introspección o la comunidad.

ATADURAS Y SENTIDO

El rito agrario en arquitectura, y en especial en el hogar, es el hecho que afirma la relación espiritual entre la casa y su emplazamiento; relación que se hereda a su habitante.

La casa no es un terreno poseído ni despojado de la naturaleza, por el contrario, entabla una conversación con su emplazamiento. Gottfried Semper ya lo describía en sus cuatro elementos de la arquitectura, el terreno es un pilar fundamental. Darlo por sentado, como la tabula rasa que practicamos usualmente, es un crimen que atenta contra el bienestar humano y ecológico. La figura tipológica de la casa tiene inscrita una relación fundamental con su territorio, el de asentarse en él. Aun así, abogamos por un hogar que se coloca por encima de categorías tipológicas; su naturaleza es adoptada por innumerables tipos (no es casualidad que el mismo Semper la incluyese entre los cuatro elementos que seleccionó). Al final se trate de una torre de departamentos, un fraccionamiento, un suburbio o una casa en singular, el hogar siempre se emplaza y dialoga con su terreno. El carácter de la «arquitectura de la rebeldía» será sagrado cuando converse con el emplazamiento, heredando esta conexión al proceso del habitar. El paradigma lo presenta Semper en la siguiente cita: *“Para Semper, el origen del hogar estaba ligado al del altar, y como tal era el nexo espiritual de la forma arquitectónica.”* (Frampton, 2020, pág. 25). La búsqueda se centrará en esta relación fundamental y su aportación a la carrera por el bienestar.

La cuestión es mirar al aura que encierra la condición sagrada en el hogar, la misma que le otorga el nombre de altar que le atribuimos, para lo cual utilizaremos, a grandes rasgos, la perspectiva de Semper sobre esta relación. El propósito es demostrar la relevancia vertebral que tiene construir y cimentar el hogar arquitectónico con este carácter. Una de las citas que más condensan sus postulados es la que sigue: *“En la cultura shinto, estos rituales prototectónicos del atado constituyen ritos agrarios de renovación; y apuntan enseguida a esa estrecha asociación entre las acciones de construir, habitar, cultivar y ser, expuesta por Martín Heidegger en su ensayo “Construir, Habitar, Pensar” (1954).”* (Frampton, 2020, pág. 26). Fuera de profundizar en el libro de Heidegger o en la cultura shinto, Semper pone especial énfasis en el «rito agrario de renovación» y el «atado» que no es para menos, siendo que ambos están presentes en actividades que no sólo son íntimas sino también de crianza y aprendizaje.

Que se mencionen los verbos “construir”, “habitar” o “cultivar” es una demostración de la intimidad involucrada y de una noción de trascendencia o evolución. En los tres casos, algo se transforma de un estado previo; desde un millar de tabique formando un muro y después el soporte de mi habitación, o una rutina continua con los espacios de mi hogar que no sólo uso, sino que conversan con mi estado emocional, espiritual y psicológico, o tal vez una diminuta semilla de frijol en un huerto sobre una azotea recibiendo la vibrante lluvia, cuyo fruto pronto alimentará a una familia. El rito agrario encierra una noción de creación y crianza, y en el cual, si la intimidad se involucra, adquiere una especial jerarquía de entre las actividades más importantes de nuestra vida ¿qué sucedería si se integrase de la misma manera en el planteamiento del hogar? El atado refiere a este rito ya que implica la intervención del ser humano para la formación paulatina no sólo de un nuevo objeto, sino de esa relación característica de la creación y la crianza.

El ser humano cultiva ya en un sinnúmero de actividades, a diario. Cualquier acción mínimamente íntima ya interviene con el espíritu y, por supuesto, con la identidad entera. Una vez más, el consumismo es experto y su éxito es la demostración de ello. El potencial está en que la arquitectura como facilitadora de los medios para que la intimidad ocurra de cuenta y consciencia del mismo rito agrario al que refiere Semper en su composición, que inevitablemente heredará con el ser humano. Si el hogar es un altar, es uno del rito agrario o del atado de Semper. La casa que no sólo se asienta vacía sobre un territorio, sino que entiende el privilegio de estar ahí. La perspectiva es contraria entonces, y como la activista indígena e investigadora Yásnaya Elena Aguilar argumenta que el territorio, lugar del emplazamiento, no es un terreno plano y vano, sino un sistema

ecológico, social, político y económico en el que colocarnos. Si la casa entiende de la complejidad del problema, no sólo a nivel funcional, sino especialmente en la celebración espiritual, un medio para alcanzar el bienestar será cumplido.

Si la presencia de la casa tiene que afirmarse y reconocerse, es sólo manifestando un deseo que conjuntamente creemos, que aquí nombramos bienestar. La vivienda tiene que reconocer antes que nada el aparato ecológico, esas redes que desembocan en la oportunidad de materializarse. Le siguen las redes políticas y las sociales, que se trata en realidad de reconstruir, pues la práctica actual tiende a disociarlas. De nuevo, la ciudad está infestada de temores e inseguridades. Las redes económicas están en juego sin duda, y así será sucesivamente. La respuesta para que el mensaje adecuado sea fructífero, será el de la intimidad y la permanencia. La casa con las huellas de los que fueron y vinieron, a la vez que de un rastro nuevo. El origen de nuestros hogares es la conversación espiritual que tienen con el pasado de sus territorios.

Por una ocasión más, no es casualidad la benevolencia y acierto de la autoconstrucción, pues también es paradigmático su intrincado esfuerzo por ser coherentes con ello. Por supuesto que muchos de ellos padecen precariedades, incluso las estéticas si queremos (pues pareciera que el esfuerzo del arquitecto a veces tiende más a homogeneizar su arquitectura con las tendencias más recientes), pero cuando se trata de su rito agrario, nunca dudaremos de sus sorprendentes capacidades. La construyen, en muchos casos con apoyo de una comunidad, por lo que está relación es mantenida a flote. Seguido, habitarla junto al complejo proceso de cultivarla, con la curiosidad de que ambos son auténticos postulados del bienestar. Las tradiciones que sustentan se mantienen porque ese hogar tiene una cochera donde el núcleo familiar produce el comercio, una que de nuevo respeta el emplazamiento y lo produce. O tal vez, porque en varias ocasiones al año, salen a su patio frontal y abren la puerta al extraño, celebrando, por sobre todas las cosas, a la comunidad. Hay una gigantesca diferencia entre el vacío proceso que mantiene a flote el consumo mundial con el comunitario. Al cabo del tiempo, el hogar cultivado entiende de su territorio y será un medio para que el núcleo que la habita participe de él.

En conclusión, estar en un altar es andar con respeto y con espíritu en mano, lo que hace al acto renovador y potente. Si la casa dialoga con su emplazamiento y le deja, poéticamente, expresar su pasado a través del hecho del hogar, el ser humano hará lo propio, puesto que las actividades que la casa facilite serán consecuencia de su estar.



20-21 (izquierda a derecha). De autoría propia. El emplazamiento es un terreno fértil de infinitas posibilidades, y la tectónica, esas ataduras que expresa el núcleo material culminan y se alzan en su interacción con el ser humano. Una piedra abandonada sirviendo de banco o un montón de gravas y tierras para el reposo.

Con la figura de lo sacro en mano, le sigue una tan usual y común en la vida diaria. Si el respeto y responsabilidad por el territorio dan de comer al alimento espiritual del hogar es indispensable y prometedor; el trabajo lo es aún más, pues su naturaleza es profundamente íntima y potente en beneficio de las redes comunitarias y, consecuentemente del bienestar.

EL TRABAJO RENOVADOR

El trabajo como actividad tiene el poder de mantener e favorecer a la formación de sistema que pueda regular un modelo como la «arquitectura de la rebeldía».

Quizá en una revisión superficial, parecería que el trabajo es una actividad que tiene poca relevancia en la larga lista de las que suceden en un hogar (su lugar pareciera pertenecer a tipologías como la oficina o la industria). Tratándose de una cuestión con una larga respuesta, es antes necesario conocer la naturaleza del concepto. Si la intimidad es esa conexión fiel y recíproca que encarna el bienestar, el trabajo es una de las actividades que con mayor facilidad pueden crear esa red y mantenerla. Uno de los más complejos obstáculos que presenta la sociedad de individuos es precisamente que su existencia depende más de la imaginación que del hecho físico, esencialmente porque su escala ha rebasado toda posibilidad de que se reconozca en la cotidianeidad. No estamos habilitados para comprender físicamente la escala del sistema de la sociedad de individuos, pues los fenómenos que la mantienen sólo tienen pruebas fehacientes en la nuestra imaginación; llámese a la escala de las redes de información que conectan polos contrarios del planeta o el mercado planetario mismos.

El trabajo que arduamente realizamos concluye sus resultados más de las veces en lugares que no conocemos, en poder de personas de las que ignoramos su existencia y con productos que más de las veces no comprendemos o ni siquiera materializamos. Se trata de una maquinaria cuidadosamente armada, constantemente mantenida y que, gra-

cias a la hambruna del consumo de identidades, ve fructuosos beneficios. Traer a juicio estos hechos tiene sentido cuando se le comparan con sistemas previos que veían en la comunidad o en los lazos tradicionales al trabajo en favor de otros modelos. Una de las pérdidas demostrables a las que Arendt aludía con la situación presente de los tiempos de oscuridad, es el daño al modelo de la comunidad; problema severamente magnificado por la fuerza de trabajo que el consumismo fortalece.

A grandes rasgos esto es una crisis implícita en el sistema, del cual la arquitectura por sí sola no tiene posibilidad de cambiar, pero sí de ser un cimiento para propuestas que intentan renovarle. Entonces, la actividad del trabajo tiene sentido en la «arquitectura de la rebeldía» siempre que sus motivos se utilicen para restaurar los lazos rotos que ya mencionamos y habilitarlos.

El ser humano trabaja para concentrar sus esfuerzos en un proceso que utilizará recursos y los transformará para un bien útil que se consumirá y cubrirá alguna necesidad; su mayor benevolencia está en esa concentración de esfuerzos. El trabajo, ese que no solamente exige el trabajo físico, sino también el mental y el espiritual; el mismo que ofrece tanto como damos; sólo ese es una relación íntima y que deja una marca impresa de nuestro paso por el tiempo. Es una impresión del espíritu en un tiempo y espacio determinados. Los ejemplos son tan abundantes y certeros que su discusión está fuera de lugar, insistimos que no es poco que todo sistema usé como medio la fuerza del trabajo para mantenerse. Lo curioso es que esta relación íntima del trabajo comúnmente sigue ocurriendo en el hogar.

La fuerza productiva, por lo menos la que esencialmente nos ofrece un sueldo a cambio, es exclusiva de las tipologías que le puedan acoger, como las que mencionábamos (oficinas, industrias, etc.). Ahora bien, sin poder negar que cuando las ejecutamos se trate o no de relaciones íntimas, podríamos, con ciertas salvedades, afirmar que en el hogar la mayor parte de ellas sí lo son, aún a pesar de nuestra reticencia por realizarlas. Bachelard menciona varios argumentos en favor de esta cuestión: *“De un objeto a otro, en el cuarto, los cuidados caseros tejen lazos que unen un pasado muy antiguo con el día nuevo. El ama de casa despierta los muebles dormidos.”* (Bachelard, 2000, pág. 76) y quizá con mayor severidad en la siguiente cita: *“Lo que guarda activamente la casa, lo que une en la casa el pasado más próximo al porvenir más cercano, lo que la mantiene en la seguridad de ser, es la acción doméstica.”* (Bachelard, 2000, pág. 75). En ambos casos considera a la acción puramente doméstica, es decir, todas las actividades que



22. *De autoría propia.* El trabajo en el hogar adquiere tantas caras, cada una con un distinto tono de sensibilidad. Desde el aseo hasta la bella tradición de usar un lavadero.

relacionamos fácilmente con la casa: cocinar, asear, limpiar, acicalarse, utilizar, entre tantas más, como medios esenciales para no sólo relacionarnos íntimamente con el hogar y la arquitectura, sino en la mirada de la «arquitectura de la rebeldía», el que sucedan aportan a raudales a que el bienestar haga lo propio.

La acción doméstica imprime su huella no sólo sobre el objeto con el que se involucra, al mueble dormido, sino, como lo describe Pallasmaa, su lectura corporal se verá enriquecida porque el ser humano estará cultivando a su hogar y a sí mismo al trabajar. Si nos sentamos en algún escritorio, el peso de mi cuerpo imprimirá su forma y peso en la silla, la presión de mi mano al escribir hará lo propio con la hoja en el cuaderno; y saliéndonos de la imagen, la luz nos permitirá ver a la vez que alimenta mi tranquilidad (estado emocional) y alguna brisa relajará mi cuerpo y enaltecerá la inspiración creadora de mi trabajo. Eso tratando un ejemplo donde sólo un individuo participa ¿qué pasaría si esto se trasladase a lo público?

El núcleo familiar se cultiva cuando se trabaja mutuamente. Ahora sólo imaginar que esta actividad llevada al hogar pueda catalizar una vez más las redes comunitarias

rias sería un logro tan acertado y fructífero para el bienestar. Si el hogar participase en el comercio y el diario comunitario a partir del trabajo se crearían tantas relaciones de intimidad. De nuevo, las generaciones más longevas adoran y añoran tanto estas actividades. El que a lo largo de una calle te hallases a cualquier persona especializada en algún oficio, las saludases a diario, los conocieras, y regresarás a tu hogar con la energía impregnada en ese haber comunitario era un tesoro. Otra de las pérdidas demostrables de las que habla Arendt.

Los arquitectos de nuestra época deberíamos estar preguntándonos por las formas en como los fraccionamientos cerrados pudieran ser ejemplares casos de redes comunitarias de trabajo. Lugares donde nuestros hogares facilitarían espacios para experimentar y crear, como individuos y colectivo, asentando conexiones íntimas con las personas más cercanas a nosotros y reformando la comunidad. El bienestar sería su consecuencia natural. Ahora bien, el trabajo es una institución, como Louis I. Kahn les llamaba, creadora y productiva, y lo son también el ocio y descanso. En el capítulo que sigue discute el rol de las últimas en la «arquitectura de la rebeldía». Su situación, tanto más afectada que el trabajo, debe de ser renovada, pues el consumismo es un ávido experto en el desasosiego, es decir, en provocar la falta de tranquilidad y quietud.

LA DERROTA DEL DESASOSIEGO

El descanso, como el trabajo, es una actividad severamente dañada por el consumismo, cuyo asedio ocurre incansablemente en cualquier atisbo de quietud a tranquilidad.

El descanso está malentendido, si no, recordemos la última vez que lo practicamos y la situación que nos hizo dejarlo, llámese trabajo, hartazgo, aburrimiento o desasosiego. La tranquilidad que inspiraba el descanso y el ocio está en una cuerda floja. La crítica de Vida Líquida recurrentemente alude a la abrumadora presión que tiene el ser humano por mantener el ritmo de consumo y, por tanto, de certidumbre identitaria que le solicita la sociedad de individuos. La presión y el asedio sobre el individuo son hechos explícitos a lo largo del libro, tanto que el primer capítulo lleva el nombre “El individuo asediado”. En fin, el consumo y la liquidez nos exigen estar atentos a la rapidez con que formamos y desechamos identidades, para mantenernos actualizados ¿si acaso hemos cuestionado el daño causado a la tranquilidad y a la quietud? ¿el deterioro que han sufrido actividades tan preciadas como el descanso y el ocio?

El descanso es una latencia tan necesaria para el bienestar corporal y mental. Descansar es limpiar, liberar y desatar para volver a iniciar. Descansar es un dejar de hacer, una quietud prohibida para el imparable ritmo que nos propone la sociedad. Claro que es un problema cuya raíz es más profunda que los obstáculos que usa el consumismo para el desasosiego. No podemos siquiera argumentar en favor del descanso y el ocio, cuando un alto porcentaje del mundo vive en la pobreza y depende de moverse eternamente

para sobrevivir (mismo porcentaje que cuando analizamos país a país aumenta). Esta es una de las desigualdades más crueles del sistema, con varias más que revisaremos. El que no todos tengamos la oportunidad de disfrutar del descanso es un crimen contra el bienestar, inicialmente tan sólo corporal, ni se mencione el profundo impacto de las injusticias que promueve. Que el turismo sea un privilegio es una de ellas, peor aún cuando este despoja y destruye el lugar visitado que aparentemente “desea conocer y admirar”. Si no hubiese sido por eventos como la pandemia reciente, la tendencia sólo iría en aumento. Ya se ha dicho y se insistirá, la arquitectura es un cimiento para un sistema que le use para perpetuarse, en espera de que, en este caso, su promesa sea la del bienestar.

Cuantas bondades habría en que el descanso fuera tan común como la moneda. En que el ser humano tuviera el digno placer de descansar y soltarse al ocio. Entiéndase bien, ya que ambos son en realidad liberaciones, pero no argumentos a favor de actitudes indiferentes o cuyas consecuencias terminen empeorando la situación física y psicológica no sólo de individuos sino de comunidades. El descanso, vaya sorpresa, es una actividad íntima. Una con inusitadas facilidades para conversar con el cuerpo y con el entorno. El ocio es entonces uno creador, casi inspirador. Es el mismo que motiva a la curiosidad, el que guía al niño a buscar y preguntar inocentemente. Tantos regalos traerían el disfrutarles; para el trabajo sería una suerte encontrar sus causas en estos momentos.

El descanso es el lecho de mi habitación y la primera mirada fresca de una mañana. Es la catarsis de la siesta después de la conversación de una comida. Y, quizá, una de las más poéticas figuras es la del zaguán, claro que en la perspectiva del bienestar comunitario. Cuanta añoranza le tienen nuestros predecesores al zaguán. A poder sentarse en su patio frontal, en alguna cochera o en la banqueta frente al hogar. Cuando sentados, recargados y callados enlazaban con la esfera social, política y espiritual de su comunidad. Esos momentos cuando los saludos sucedían constantemente, las conversaciones nacían de la casualidad, las oportunidades se presentaban a la puerta y la comunidad era el pan de cada día.

El descanso es una institución humana. Un medio tan capacitado para que un sistema social se fortalezca y cultive, pues posee el poder de concertar y conversar con el cuerpo y la mente en profunda quietud y tranquilidad. Derrotar el desasosiego comandado por la sociedad de individuos para sabernos individuos de facto, hechos y derechos, debe ser una búsqueda de la «arquitectura de la rebeldía», de nuestros hogares. Quizá las palabras de Bachelard una vez son ciertas: “(...) el rincón es un refugio que nos



23. **De autoría propia.** Relacionarnos con aquello que nos sensibiliza, con los rincones en los que el bienestar, no sólo nuestro, está en juego y lo cultivamos.

asegura un primer valor del ser: la inmovilidad.” (Bachelard, 2000, pág. 128). Ante tanto asedio, puede ser sólo la inmovilidad, al menos la temporal que ofrece el descanso, una renovadora solución. Un hogar de quietos rincones.

Tanto el trabajo como el descanso son medios fiables para que la intimidad y la permanencia se practiquen. Con ellos, el hogar puede proponerse como una auténtica institución para renovar las redes comunitarias, en el albor de este nuevo e inestable siglo. Hay una conexión que especialmente la intimidad y la permanencia deben reestablecer, una originaria y empolvada, la de la naturaleza, aquí nombrada como el «pasar natural».

EL PASAR NATURAL

Si hemos de restaurar los lazos comunitarios y con uno mismo por el bienestar, sin duda no podríamos olvidar a la naturaleza, nombrada aquí como el «pasar natural».

El aislamiento propio de la vida en la urbe nos ha provocado una alienación del espíritu: la lejanía de lo natural. El pasto es ahora asfalto; árboles, siendo edificios. No existe más alguna intención de relacionarnos con el entorno fuera de lo artificial. Todo progreso humano es novedad, es decir, aquello que continuamente es creado y recreado por los medios y en el ocurrir diario, que bajo el juicio de la cultura es posteriormente convenido socialmente como lo moralmente correcto. Pareciera que todo gira alrededor de lo “nuevo” que está de moda. La naturaleza en sí misma, sin atañernos al interés económico sobre ella, es hoy más que nunca ajena. No conocemos ya nada de ella, y sólo el acercamiento civilizado está moralmente concedido. Es peligrosa, dirán. Es inexplicable, dirán. Es nuestra, dirán. No hay forma de saber si el mundo natural sigue sucediendo en realidad. Es el origen que hemos decidido olvidar.

La sociedad líquida ha concebido un nuevo orden: el propio. En las ciudades creamos luz a la mitad de la oscuridad, como consecuencia ya no hay descanso, sino que se exalta la energía y la producción ¿qué no adoramos las ciudades que nunca duermen? Es peor el caso del hogar. La oferta de vivienda estandarizada obedece a parámetros a veces tan alejados de la presencia humana que se vuelven objetos temporales, “no lugares” en palabras de Marc Augé, donde la vida íntima se muestra al intempestivo exterior,

el confort es pocas veces mencionado, y el estado emocional y espiritual denostado. Cajas blancas; algunos muros vagamente asentados; viento donde es posible; siempre al margen de las posibilidades. Todo lugar que habitamos es ahora una negación de lo natural; negar el sol, el viento, la tierra, el agua, la gravedad y todo aquello que bajo conveniencia biológica nos es sano. La crítica es ahora preguntarnos por una cuestión originaria: ¿en qué punto convenimos que olvidar el suceder natural es lo correcto? Difuminar el día y la noche, confundir una corriente de aire con una máquina, colocar una cubierta que emule la reveladora sombra de un árbol.

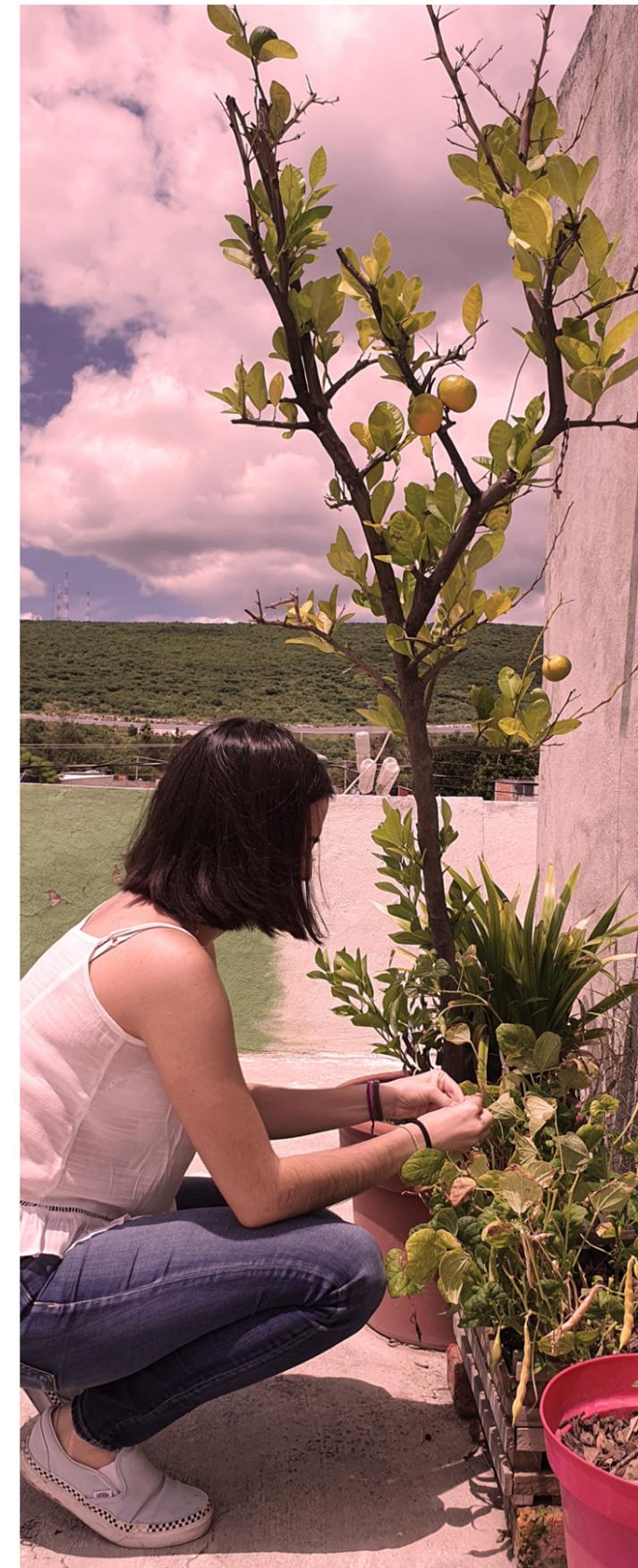
Háblese que toda arquitectura del hogar ha de considerar una condición esencial: la de su correcto estar en el orden natural. Primaria es esa relación con el pasar natural. Considerar un espacio exterior tan ferviente como un jardín es recordar el pasar natural. Cuando el asfalto es la tierra, es necesario evidenciar tanto o más que lo artificial, lo natural. Convenir todas las relaciones posibles hacia ese pasar natural es acceder a una memoria ya olvidada; es atener al reloj biológico que mide el cuerpo; es referenciar indefinidamente al origen. El rol de lo natural en el hogar es de primer orden. Con esta premisa en mente, la relación del habitante con el pasar natural debería ser continua, buscando recuperar de lo que con tanto esmero nos hemos alejado. Poder referirnos a la sombra de un árbol, es un necesario proceso homeostático.

Hay un argumento más por considerar, esto es un intento de una reinterpretación obvia. El cosmos universal (entiéndase como realidad o naturaleza) contiene a la arquitectura en sí misma. Esta adaptación se presenta como la primigenia forma de relacionarnos con la única prueba de nuestro pasado, nuestra herencia. Este recuerdo no se soporta en la moda reciente por recuperar la tradición, pues esa lucha ha sido, es y será siempre. Si el ser humano es engendrado por la naturaleza, el más anhelado descanso es junto a ella, no a pesar de ella. El destello que parece siempre incitarnos a volver a ella equivale a la relación con el amante: lujuriosa, propia y catártica. No es esto un nuevo descubrimiento sino una merecida crítica a nuestra vida. El primer espejo en el que nos vemos es en este, el del pasar natural.

¿Qué es el pasar natural? Refiérase a todo aquello que implique en su esencia su pertenencia y, por tanto, intimidad con la naturaleza. Esto es un término complejo, porque incluso lo natural se sujeta a la mediación cultural, tan cambiante. Aun así, es evidente que se puede avisar una auténtica noción de lo natural. Qué sucede cuándo habitamos ciudades que en esencia son antítesis de ello, intentos de civilizar el caos,

resultando que en esos lugares olvidamos el más primario recuerdo del bienestar que nos provoca la fresca brisa de la sombra del árbol, sobre la fría máquina que reproduce la frescura. El bienestar que tan duro se impregnó al ser humano desde el inicio de los tiempos sigue ahí. Aquel habla aún, a cada momento. Habla cuando se aferra a la liberación natural detrás del estar entre árboles o la tranquilidad del correr de un arroyo. Bajo el fundamento de estos enunciados, el pasar natural es todo aquello que pasa por el filtro de la consciencia y memoria corporal, de la misma manera en que lo explica Juhani Pallasmaa, y provoca un bienestar al ser humano.

Si en capítulos anteriores hemos insistido en la renovación de los lazos con la comunidad, esas redes de confianza, otro de los actores indispensables en este bienestar es el pasar natural. Su influencia es tan o más renovadora cuando se inserta dentro de las dos actividades ya nombradas, el trabajo y el descanso. Cuando la primera se responsabiliza de su presencia en el sistema biológico de su territorio, produce frondosos resultados. Las culturas ancestrales e indígenas que aún viven en las tierras heredadas, disfrutando del equilibrio y la responsabilidad por este pasar natural, agradecen de la bonanza que les ofrece esta relación. Las comunidades indígenas practican un sistema que aún no posee la complejidad para sostenerlo a nivel planetario, pero tan sólo revisando el equilibrio causado por integrar-



24. De autoría propia. Intimando con la naturaleza, un huerto en una terraza.

se al sistema natural, le volvería un valioso punto de partida.

El bienestar que causa la relación con el pasar natural es catártico (parecido al descanso) pero también esperanzador. Las huellas valiosas para los seres humanos suelen ocurrir en su compañía: bajo la sombra de algún árbol o escalándole; creando el primer huerto y alimentarnos con sus frutos; o, con suerte y esfuerzo, dar oportunidad a que conexiones que a veces no conciliamos en la imaginación, como un exaltado colibrí en el jardín, sucedan. El hogar necesita de su suelo y de su tierra, de las sombras de los árboles, de los vientos cruzados, del calor del fuego, de la lluvia y del silencio del canto de un pájaro. El pasar natural habla de una celebración por nuestro origen, y su remembranza es necesaria.

A sabiendas de las solicitudes de la «arquitectura de la rebeldía» existe todavía una dificultad por avisar (aunque en realidad son innumerables). La derrota del programa, como la del desasosiego, anima a problematizar la función en arquitectura y a la especialización que es consecuencia. Ante los programas que se venden como recetas identitarias para el hogar, requerimos dudar de la especialización y diseñarlos según sus posibilidades y sus casualidades.

25. De autoría propia. Un par de pinos comprimidos entre hogares.

LA DERROTA DEL PROGRAMA

El programa debe recibir una crítica en favor de una renovación. Los usos en el hogar son tan variados y flexibles que las fronteras que el programa coloca, no son coherentes con la inspiración creadora del hogar habitado.

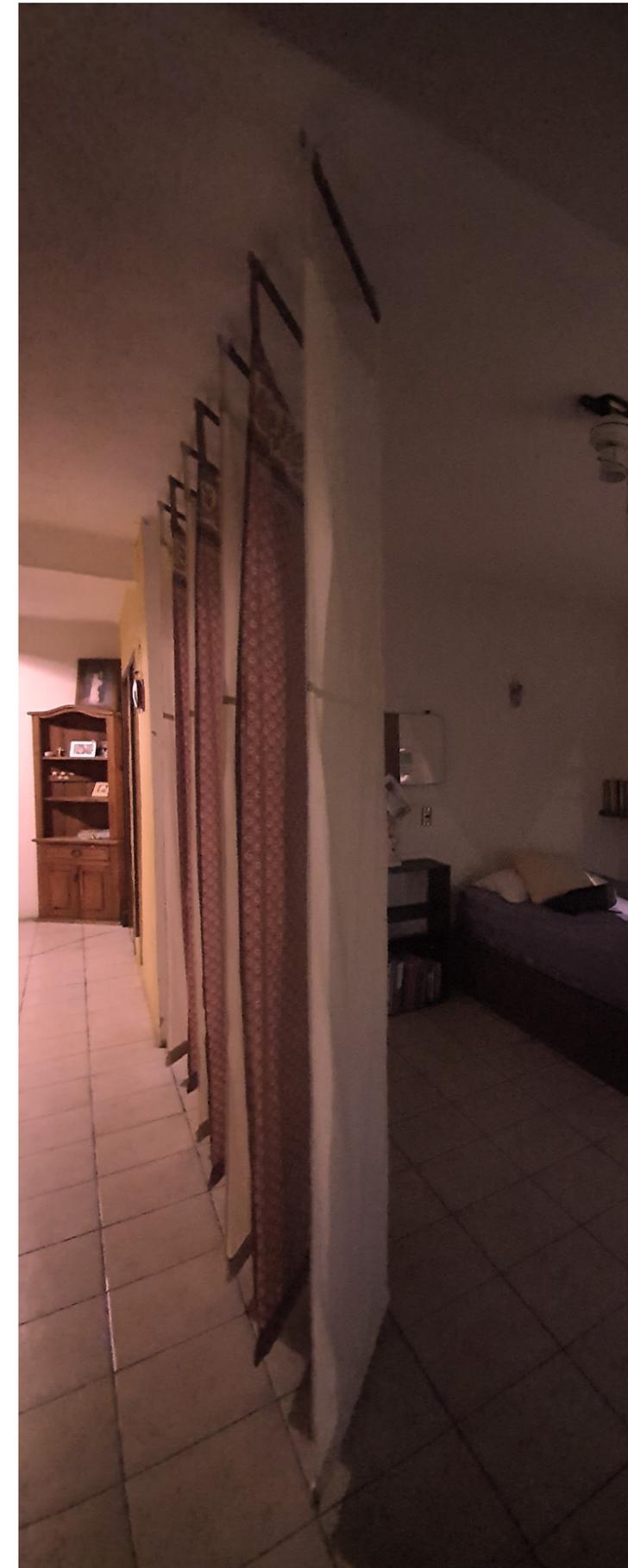
La casa no es según funciones fijas y estáticas, sino mediante la multiplicidad de usos de oportunidad. La extensión del concepto «programa arquitectónico» significa un peligro cuando se utiliza como medio para especializar espacios y no para explorar posibilidades. El programa, como un listado plano de actividades, es inútil ante la necesidad de renovar la arquitectura del hogar. Aún así, no olvidemos que la facilidad con que el programa puede condensar el problema arquitectónico le permite ser una herramienta esencial, sus posibilidades tienen que expandirse hasta sus fronteras. Quién argumenta que esos fraccionamientos cerrados o conjuntos departamentales no pudieran en realidad convertirse en auténticos y potentes manifiestos del bienestar, porque hoy estamos seguros de que lo son del consumismo. Más que vender un patrimonio físico, venden una propuesta vida en favor de la sociedad de individuos.

Los arquitectos, diseñadores urbanos o cualquier habitante deberían interesarse porque cada hogar obedeciera y ofreciera al bienestar como promesa para la identidad. En la perspectiva de esta crítica, todos nosotros tenemos un monstruoso obstáculo por vencer, el de ofrecer no sólo una propuesta de hogar para un núcleo familiar, sino para una comunidad, para un sistema biológico y para una sociedad planetaria. Derrotar al programa tiene la intención de transformarle, no solamente como técnica para resolver

un proyecto, sino para comprender que la especialización de los usos no sólo resalta la desigualdad (una mansión con infinidad de habitaciones es un insulto para los barrios empobrecidos y hacinados) sino que margina las posibilidades de que el arquitecto resuelva los dilemas de la infraclase.

Derrotar al programa habla de una necesaria crítica a la especialización de los espacios, y hace una llamada a manifestar el interés por la multiplicidad de usos, es decir, de ser fieles al ocurrir del hogar. Los meses en que la pandemia por el COVID-19 ha provocado que los gobiernos inciten a la cuarentena intermitente y al trabajo desde casa, son prueba fehaciente de esto. Cocheras donde se crean cámaras de limpieza, habitaciones convertidas en aulas, estudios en oficinas, cuartos en gimnasios o terrazas en sorprendentes escapes. Comprender la multiplicidad de usos tendería a que leyésemos más hábilmente los territorios y la riqueza en ellos, con la valiosa decisión de dirigirlos a proponer una digna propuesta de vida.

Cuando el programa pueda superarse y desentenderse de sus fronteras a partir de técnicas y medios que consolidarán hogares donde sus actividades (esas instituciones nombradas, como decía Louis I. Kahn) tendrán tan variadas formas y estructuras. Encontraremos comunidades donde sólo los dormitorios serán espacios puramente privados, mientras que las cocinas y talleres serán ejemplares empresas sociales. O también, hallaremos otros donde los patios serán lugares de propiedad compartida, zaguanes donde el descanso o la celebración se ejercitarán continuamente. Algunos más donde los automóviles se ubicarán en fronteras, y el paseo o la llegada al hogar será a pie; o donde la comunicación con el núcleo de la ciudad será por eficientes y novedosos sistemas de transporte público, zaguanes de casualidades. El programa se superará; la utilidad y la función serán objetos de acompañamiento para las actividades humanas, puentes hacia el bienestar.



26 (arriba). De autoría propia. Un estudio que se convierte en dormitorio privado.

27 (derecha). De autoría propia. Un vestíbulo que se transforma a una habitación semi-privada.

EL HOGAR COMO INSTITUCIÓN GLOBAL

El hogar es una figura de la «arquitectura de la rebeldía» donde las esperanzas de un sistema sostenible en el futuro se pueden cimentar. El hogar es y debe ser una institución del bienestar para el individuo, la comunidad y la sociedad.

¿Qué sucede cuándo el hogar se le otorga el poder de presentarse en el comercio social de una ciudad? ¿Cuándo ese poderoso manifiesto que nos acompaña, nos da la seguridad, no sólo económica, de adentrarnos en la sociedad? ¿Cuándo un hogar pueda ser el origen de mis recuerdos, de mis certidumbres y dudas? ¿Cuándo el hogar pueda ser la oportunidad para un ser humano de presentarse ante el planeta, participando en el equilibrio ecológico, social, político, al fin y al cabo, en el bienestar humano?

La «arquitectura de la rebeldía» es un hecho factible del deseo por volver al hogar una institución por sí misma, una que rechacé los intentos por aupar al consumismo y que los vuelva a un genuino interés por el bienestar humano. El hogar es el manifiesto original que debemos proteger mediante su práctica. Las palabras de Pallasmaa son hechos incontrovertibles: *“Mi cuerpo es realmente el ombligo de mi mundo, no en el sentido del punto de vista de la perspectiva central, sino como el verdadero lugar de referencia, memoria, imaginación e integración.”* (Pallasmaa, 2006, págs. 11-12), y cuando las mismas se entienden en la medida del hogar, éste hereda la propiedad central del cuerpo. Vittorio Gregotti coincide con esta idea. El hogar como origen mismo. En el mismo entendimiento Bachelard confirma esta inminente necesidad.

Fuera y más allá de la visión individual del hogar, el que pueda colocar al bienestar como su valor central y ser celebrado, es decir, construido, significará un fervoroso acto por redimir las esperanzas del pasado. Abrirá una puerta, a causa de un elongado proceso de reflexión. Antes de concluir, Bauman toma una cita de Kant que, con la misma aseveración conclusiva, representa un camino que la «arquitectura de la rebeldía» insta a tomar: *“Todos estos cambios (...) obligan a introducir en la «agenda de la emancipación» una nueva convergencia de preceptos éticos y de interés por la supervivencia (la supervivencia conjunta y compartida de lo que Kant habría llamado la (...) unión universal de la humanidad).”* (Bauman, 2017, pág. 197). Bauman termina su libro con un optimismo escéptico por esa «unión universal» de Kant, posiblemente el mismo que todos habríamos de tener. El bienestar es un hecho necesario, uno que no puede ser el mismo que esa «modernidad sólida» que nos precede, que hallaba soluciones al menos en el Estado-nación o en redes comunitarias más sólidas que las actuales. El bienestar de este presente es exigente, porque el consumismo ha sorteado la escarpada montaña de la globalización. No hay modelo tan sabio ni tan armado que le sustituya. La unión universal que disfrutamos es la de la sociedad de individuos.

Aunque la falta de sistemas alternativos sea una dificultad, las revoluciones y movimientos por sustituirle abundan en todo el planeta. La venda, esa que aprisionaba mentes y les abducía, esta cayéndose. El individualismo está sujeto a tantos asedios, comenzando a equilibrarse la balanza de la justicia. La sociedad comienza a despertar en solidaridad, sororidad y hermandad. Las preguntas de escuelas y arquitectos se dirigen al deterioro de nuestras relaciones: con el pasar natural, con el trabajo y descanso, con la intimidad y la huella; y con todos los relatos perdidos con uno mismo y el que se sienta a nuestro lado. La esperanza no perecerá pues la humanidad, como nunca olvidará sus errores, tampoco sus aciertos. El manifiesto de la «arquitectura de la rebeldía» no es la única piedra al centro del bosque. Cada uno cultivamos, según nuestros matices, la misma rebeldía. Cada individuo es una chispa que no ha olvidado todo aquello que le provoca su bienestar. El hogar no se rebela solo.

El pasado es una referencia valiosa. Este manifiesto no aboga por el mismo modelo que la comunidad que nos precedía, sino por reflexionar sobre aquel, y escalar a la difícil montaña de lo planetario. Reescribir y diseñar las mismas comunidades será caer en un error inevitable. La escala global que han adquirido nuestras crisis requiere de una respuesta que le asimile. El hogar no sólo es una institución hecha y derecha del bienestar, debe de ser una práctica global, integrada en comunidades que enriquezcan

estas redes. La comunidad es un ente local y mediador que debería guiarnos a la conversación planetaria. El bienestar es el fundamento esencial de cualquier sistema social que pretenda usar a la «arquitectura de la rebeldía» como su paradigma.

Al final, las esperanzas siguen presentes, y este manifiesto lo comprueba. Estamos necesitados por la redención de nuestros errores y la multiplicación de los aciertos. El sistema que nos ha traído la Vida Líquida se le han de gritar los suyos, pecados y éxi-

tos conjuntamente. No estaríamos aquí sin que ambos existiesen, y con la libertad que implica el escribirle se le añade la responsabilidad moral por criticarlo y la dura llamada por compartir ese éxito. La humanidad debería estar capacitada de ofrecer el bienestar a cualquier persona. Algún día, en un futuro cercano o lejano las esperanzas se redimirán. En algún hogar, alguna persona nacerá, aprenderá y se criará... leerá sus huellas como sus memorias, admirará sus orígenes, plantará algún árbol y hará lo propio. No hay herencia tan preciada y digna para el prójimo y para uno mismo.



28. De autoría propia. La casa que se presenta ante la discusión de su territorio y le propone una conversación.

LISTADO DE REFERENCIAS

Arendt, H. (1990). Hombres en Tiempos de Oscuridad. Barcelona: Gedisa.

Augé, M. (2000). Los No Lugares, Espacios del Anonimato (Quinta ed.). Barcelona, España: Gedisa.

Bachelard, G. (2000). La Poética del Espacio. México: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2017). Vida Líquida (Tercera ed.). Ciudad de México, México: Paidós.

Doctor, B. (2003). Grace under pressure. Observer Magazine, 95.

Frampton, K. (2020). Teoría. Barcelona: Gustavo Gili.

Pallasmaa, J. (2006). Los Ojos de la Piel, Arquitectura y los Sentidos. Barcelona: Gustavo Gili.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Y. E. (7 de Septiembre de 2020). Mextrópolis 2020. (C. Mendoza, Entrevistador)

Kahn, L. I. (2002). Conversaciones con Estudiantes. España: Gustavo Gili.

Morin, E. (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. (N. V.-G. Mercedes Vallejo-Gómez, Trad.) Paris, Francia: UNESCO.

Norberg-Schulz, C. (2001). Intenciones en Arquitectura. Barcelona, España: GGReprints.

Ugarte, A. R. (2015). Conversación con Luis Barragán. Guadalajara: ESARQ.



UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

